

**POESIA
LATINO
AMERICANA
ARGENTINA-URUGUAY**

**FREIRE - HALL - HOULIN - IBANEZ
IELPI - LOVELL - OTERINO- RUSSO
SYLVESTER - URIBE - ZANINI - AINSA
DI GIORGIO MEDICI - FAGET - FIERRO
MICHELENA - MIRANDA - MUSSO
PAREJA - PRIETO - ROSALES - VITALE**

EDICIONES POESIA DE ROSARIO

Colección Poesía Latinoamericana
Argentina-Uruguay

2012 - Poesía de Rosario
Alvear 350
(5441) 437 2325
2000 Rosario - Argentina

poesiaderosario@hotmail.com
www.bibliele.com/interpoe

Se terminó de imprimir en Editorial
«Poesía de Rosario»
Alvear 350, 2000 Rosario, Argentina
a los 20 días de Marzo de 2012.
Hecho el depósito que marca la ley.

Prólogo

Estamos con este tomo en el quinto de nuestra Colección Poesía Latinoamericana. El primero fue Cuba porque fueron los primeros en acercar sus trabajos y porque ya habíamos acordado llevar la Edición y que ellos vinieran. De esto han pasado varios años y no ha sido tarea sencilla continuar, pese a las dificultades que una Editorial como la nuestra que carece de apoyos oficiales o de esponsorio, pueda editar los libros que en estos años hemos publicado, la revista que aunque aparece sólo una vez al año demanda tiempo, dinero y trabajo y otras actividades llevadas a cabo tanto en nuestra sede como en otras Instituciones no sólo de esta ciudad, sino inclusive de otros países.

El proyecto general de esta Colección sigue siendo, a pesar del tiempo que viene demandando y del que precisaremos para completarla, la edición de poetas de nuestra América de habla hispana, hasta completar todos los países de nuestro hemisferio y Centroamérica.

Ya lo hicimos con Cuba, como queda dicho, con México, Perú y Venezuela.

Cada una ha tenido, como todo en la vida, caminos distintos y destinos varios. Ha dependido de no sólo el envío de material poético para que editemos, sino también de la militancia que los poetas de cada país han aportado al venir a suelo Argentino y de la actividad que han podido preparar cada quien en sus patrias. Aquí los hemos presentado a todos y cuando no han podido venir hemos enviado ejemplares.

De cualquier modo, los libros se editaron, presentaron,

distribuyeron y allí están en Instituciones, Universidades, Bibliotecas, lectores y nuestro sitio Web.

La poesía, como Patria del corazón, ha estado siempre en nuestro anhelo y así hemos hecho estos libros y seguiremos.

El criterio que de este lado de las fronteras se viene adoptando, ha sido siempre el que puedan estar representadas todas las voces del quehacer argentino en el género, tratando que estén visuales las provincias, regiones y ciudades, de autores que tengan obra debajo del brazo, habiendo preferido generalmente a poetas de una franja generacional que ya han tenido tiempo de demostrar lo suyo y ostenten una trayectoria que se ha visto reflejada en escritura de poesía, ensayo u otros géneros, docencia, publicaciones teóricas y todo aquello que a nuestro modo de ver, si se quiere arbitrario, constituye a un ser que hace su aporte a la cultura, no sólo con la poesía, sino con otros géneros, crítica, seminarios u actividad docente, dado que, en lo personal, siempre he sospechado de quienes sólo han incursionado en la poesía como expresión, sin abordar otras disciplinas que a mi modo de ver son constitutivas del poeta, sin que tampoco esto resulte una regla o dogma, sino un mero parecer.

Tampoco esas han sido condiciones para quienes antologaron a sus compatriotas allende las fronteras y se ha dicho y dirá siempre que quienes han sido nuestros contactos para llevar a cabo las selecciones, muestras, o como se le llame a la elección de sus coterráneos, lo han hecho con la libertad de pensamiento que es númen de nuestra actividad y cada quien ha optado por invitar a los poetas que ha creído representan a su país.

Para este tomo, así como lo hicimos con los anteriores, recibimos con un abrazo en la poesía, a los hermanos poetas uruguayos.

Bienvenidos a compartir las aventuras que este libro tendrá en sus periplos, viajes, presentaciones y sobremanera, en sus lectores.

Como siempre, que quienes lo lean nos escriban porque será una confirmación de por dónde andan los versos que pueblan estas páginas y les resulte útil ver que detenerse un rato en la lectura de versos, efectivamente ayuda a vivir, reflexionar y bajarse del ritmo tantas veces frenético de estos tiempos.

Gracias por tenerlo en sus manos y vayamos a la poesía.

Guillermo Ibáñez
Noviembre de 2011

Héctor Freire

Cuarteto

*El ojo piensa, el pensamiento ve
la mirada toca. (Octavio Paz)*

I

La **mirada** de la **luz**
teje en las hojas
tapices de fuego,
corales en la pupila
del **ojo**.
En sedante oración,
el quebranto del **agua**
enseña a morir.
Puerta que sueña la luz:
un ojo oculto en el jardín
enciende el tiempo de mirar.

II

«-No ser para Ser-»

La costumbre de saber
se interpone entre el **ojo** y la **mirada**.
Un **agua** espaciosa el pensamiento,
y el ojo que se mira es una forma
perfecta de olvido.
Todavía es mañana,
y la noche sucede a la Noche
y siempre es hoy.
El pasado que no vuelve
como el cuerpo de la **luz**
que ha de ser siendo nada.

III

El pasado crece en el futuro,
y el presente es un acto
que nadie inquiera.
Vacío penetra en la **mirada**:
una **luz** intermitente nos descubre
que el instante no dura,
y el silencio es la última palabra.
El **ojo** que desde el fondo del **agua** del olvido
nos contempla morir.

IV

La eficacia del **ojo**
es ponernos ante la apariencia de las cosas,
compartir su límite de todo lo evidente,
y recordar que el tiempo de mirar
se complace en descubrir
paisajes diferentes en el **agua**.
Es inútil forzar la **mirada**,
en un instante todo cambia.
El tiempo no se cansa de dibujar
en la **luz** filigranas de ilusión:
mudanzas y engaños la sentencia
grabada del destino.
Una escena cómica parece consagrar
su trágico correr.
Lo efímero y fluyente
que hace de la roca un frágil polvo.

Nocturno

En las horas de calma,
el tiempo viene a comer de mi mano,
y la luna en el paisaje de la noche
parece el corazón del sol:
un simulacro en la ventana
que arroja su red de fuego sobre la memoria.

Hace tanto que su luz llena de espejos el patio
donde de niños nos vendábamos los ojos,
y recorríamos en silencio las habitaciones
hasta encontrar el amuleto de jade
que ordenaba nuestros sueños.
Pero a veces, surgía una repentina sombra,
que nos transformaba en helechos de una zona indeleble.
Entonces, con las manos extendidas y con veneración
como si fuéramos a depositar flores allí,
recitábamos viejas e inútiles plegarias.
Luego nos retirábamos con timidez y miedo
como descendiendo hacia lo profundo de la tierra,
y encendíamos todas las luces de la casa,
y cerrábamos las ventanas y las puertas,
creyendo que estábamos a salvo de la intemperie del tiempo
con solo contemplar la imagen descolorida e inmóvil
de la Anunciación de Fray Angélico,
colgada en la serenidad del cuarto de la abuela.

Ahora los sentimientos y los sueños
de los días nuestros llegan al antiguo patio
como húmedos pasos para recordarnos,

que no sabíamos, ni sabemos aún qué decir acerca de la muerte.

«-¿Dónde estábamos?-» Preguntó mi hermano que todavía no había nacido.

«-En ninguna parte»- Contestó la abuela que ya había muerto, pasando una ramita de albahaca fresca sobre los ojos secos de los helechos.

«Yo no busco...»

Una mano sin cara
dibuja un círculo en una cueva
que aún no es Altamira ni Lascaux.

En su atelier de París, Picasso,
traza la curva de un lomo de bisonte
que de pronto se transforma en toro,
y todo sucede por primera vez.

En esa larga ilusión,
la costumbre inalterable del tiempo
es olvidar y descubrir.

Ritual

En la penumbra de la siesta
el corazón de agua del estanque
se convierte en pequeña jaula vacía,
y una araña de oro hilada por el sueño
naufraga en la antigua sombra del jazmín.

En el centro de la tarde,
un pájaro sostiene con su canto
el hilo impalpable de la luz.

Paradoja

La araña hila
una oscura plegaria
alrededor del insecto paralizado,
armoniza su apetito
con pequeños gestos
bajo la lluvia.
Mientras, los pájaros
ensayan su canto vespertino.
Así de simple:
en el instante de máximo equilibrio,
la destrucción sucede.

Nora Hall

La Sixtina

el pecado original
y su castigo:
mirarás con dolor
de tus piernas, de tu nuca
por tu maltrato
por todos tus pagos
y el favor que te hacen
mirarás con calor
si cada parte de tu cuerpo
es un pecado
que ocultar
un paraíso por perder
una expulsión

JS

*Ahora/ que has partido/y abandoné/la casa,
los jóvenes enamorados/escriben/sobre el muro/
mensajes de amor.
Susana Cabuchi*

Y el sol
ráfaga o brisa
aventó tus cenizas
tu olor
a fiesta
que se hunde
sin boyas
que preocupen a la muerte

Sembró
una niebla espesa
en el camino de tu casa
sin números
horarios
silbido
peso

ya no voy a sentir el peso de tu cuerpo
pero tu marca y su dibujo están
en cada cosa mía
y estas sí que son aguas
de dominio privado
*no se florece por extravagancia por abandono o por olvido
/ del invierno*
florece la memoria donde ardimos

Ancora

Por todo eso
lo breve

ese día bebimos
la piel de cada uno en botellitas
que parecían la piel de otro
se hizo agua –ardiente- la boca
y convocó ángeles de nácar
de suave tintineo
gorriones
que muy lejos cantaron
con sonidos oscuros
pequeña flor abierta
• nenúfar -
dulcificando el agua
hasta sacar la sal de los templos de adobe
y abrir ese sendero en la
pared de juncos altos

para llegar dos veces más
al sol
sin tener que nombrarlo
ni olvidarlo.

Festival

Tramoyas de Aída
en la arena
como si fuera Egipto
y se armara sólo para el amor
o para la muerte

al sol
la piedra del imperio es escenografía
por el rojo de las sillas
los artefactos mueven
frisos y columnas hasta encontrar su puesto
afuera un centurión apura el helado
antes del próximo turista
antes de la próxima foto
antes de que los mármoles rosados se los lleven
a visitar otros amores
eternamente fijos
en la instantánea de sus muertes.

C R

Si puja nace
y ya no quiere

Mastica el aire
que triza la garganta
porque la respiración
es un murmullo
un eco del deleite
(alguna vez
el aire
dejó sus cicatrices)
ahora, lo que no nutre
gime
enhebra apenas
soplidos que punzan
el paladar
como preguntas que ampollan
como verdades encriptadas
como certezas

Y la lengua entorpece el silencio
en lugar de socavarlo

a mi padre

De a ratos
el fuego era celeste
en el umbral levísimo de la mañana

la sombra del ciprés
casi un cuchillo
abría en el agua, despacio,
su fuga

en la otra orilla
la niebla contrastaba
el ocre muerto de las hojas

a nuestros ojos
lo único perenne era esa despedida:
una extrema raíz
y su desprecio

C. S

En casa ajena
¿podría protestar?
¿o sentirme agraviada?
¿exigir un abrigo?
¿litigar?

No puedo hacerme cargo de los actos domésticos
o cuidar de la huerta
ni voy a tener tiempo de apreciar sus maderas
a la hora en que el sol golpea las ventanas

¿Voy a ocupar
a medias
una casa?
¿Un cuerpo
que resbale
en el sueño
y no me toque?
¿Un mundo apenas
habitable
que no turbe
el secreto?

Voy a necesitar cierta delicadeza
para el balance
de aquellos votos
que limpiarían de cangrejos
el mar que me rodea
un gesto tenue que dilate la saliva
o acaso uno notable
como poner mi firma
en los libros sagrados

Nuestros antepasados debían
-para evitar las reprimendas o la muerte -

además de nutrirse

no perder tiempo en juegos y rodeos
ser prudentes
irse a tiempo
de las ciudades demasiado pobladas
habitar sólo lo inexplorado
elegir bien

desconfiar de los líquidos
en exceso aromáticos
evitar las mordeduras de animales venenosos
saber neutralizarlas
(a veces en el daño está la curación)
y estimar el velamen
por la amenaza de los vientos fuertes

Cuando pierde el color
la tela muy usada
o mal tejida
la doblamos
en tres
y decidimos

¿quién habrá de mecer a la solita?

Juan Gelman

Está en el fondo
lejana enemiga improvisa
un corazón gozoso
una laboriosa jaula
para el invierno
un golfo para su casa

ignora los extremos
y la inquietud de las borrascas

duerme, la bella
sin memoria del sueño encomendado:
un beso principal que le haga abrir los párpados

Ejercicios espirituales

Hubiera querido
retirarse a una cueva
humillar su timidez
hasta que el miedo cediera de a poquito
resucitar triunfante

pero hay olores que ensanchan la nariz
moras y guayabas
robadas con discreción
pulcras mantillas del angelus
almohadas ya lavadas de historia
flores ajándose en los entierros familiares
innecesaria tinta para exvotos
sangre que se va sola

y al concentrarse
detrás del perfecto aroma
va apareciendo una ira indescifrable
que impide
toda resurrección

Luis Francisco Houlin

Poética

Trajina el alma
sobre caballo ciego
diario ejercicio de luz
la sombra intuye
ángel desconcierto
ciudad extinta
escampada en ciernes
no da respiro
y cielo miente
la hoja en blanco.

Moradores

En las calcificaciones
de nuestro corazón
hay insectos antiquísimos
dulcemente quietos
arropados en el ámbar vivo.

La luz es otra cosa

El cuerpo evoca
lo que sonido devela
visiones armónicas
o disonancias oscuras
donde alma piede.

Juana de Arco

«La luz viene en nombre de la voz»
dijo la doncella a sus jueces
«Encended vuestras hogueras»
y la luz la devoró.

Ella

Aún en lo más oscuro
luz es sonido
que nuestra vida crea
nos hace cielo
nos hace tierra.

Siempre

En lo profundo de nuestra noche
en la mayor oscuridad
vive luz.

Poesía

Sonríe alma
En espejo escrita
Su voz recóndita
Carne de palabra
A ratos temedera
Muestra virtud
Integridad y a veces
Con viento a favor: belleza.

Cuestión

¿Qué hago yo en esta fiesta
donde suena la música
de otras voces danzando
larga noche para los sueños
muertos por abandono?

Cuasi

Un bello cuerpo yace
al borde del camino
su rostro es el mío
en otro tiempo
el camino no.

Clausura

Estoy cerrando historias
antes de mi partida
voy dando a cada amor
a cada sueño
la libertad en vida.

Guillermo Ibáñez

Poema del amor y de la muerte.

a Julie

Vivir este voraz ceremonial
en el que los poros transpiran la vida.
Vivir la breve circunstancia de la caricia
la efímera entrega del amor, la huida del equilibrio
el vértigo total, como si arribáramos a la muerte.

Incendiar mi boca con tu nombre
los días precedentes al encuentro.
Incendiar tu boca y la piel
el recorrido que distancia nuestros cuerpos.
Incendiarnos ambos con este fervor demente
que aún nos recuerda.

Olvidar todas las ausencias
en este ritual constante sobre la piel.
Olvidar pasado, nombres, presencias.
Olvidar todo si fuera posible
y desbarrancarse en el fondo de los sexos.

Escribir como único testimonio de nuestras vidas

escribir con goce, como delirio, como comer pan o beber vino.

Escribir sin alturas ni bajo tierra
sin imagen de poeta ni postura de salvador.
Escribir, como alguien dijo, «con la propia sangre»
con los dientes y las vísceras.

Sin fantasía, sin obligación, sin miedo
con riesgo de locura, con rebeldía de eco que no se resigna
a perder la voz pronunciada
con barro, con hierro, con fuego.
Escribir para vos y para mí. Escribir para nada.

Abrir tu puerta y abrírnos las entrañas
desde el comienzo de las miradas.
Abrir tu pueblo y las calles desde los primeros pasos.
Abrírnos el pecho y «dejarnos sangrar desprevenidos».

Recordar ese rito desgarrado rendido en las espaldas
esa prueba de bocas y de dientes grabados en los cuerpos.

Amar ese lento viaje por tus muslos, el trajinar indemne
sobre las huellas del tiempo, surcando vulva y pechos
destruyendo mitos, destruyendo antiguas manos
en el imperativo afán de construir una nueva piel y un
nuevo sexo en la penumbra de este cuarto.

Violar tu casa y la mía, todas las almohadas
los ojos castos, los sexos, los recuerdos
los prejuicios de los que esperan.
Violar la mente como día último.

Urdir pequeñas y enormes artimañas para encontrarte.
Urdir mentales intrigas en las que todos los protagonistas resulten
burlados.

Urdir una noche, para encender las luces de todos los escenarios
y ver a la humanidad perdida
en los desvaríos de sus pequeñas y cotidianas codicias.

Arder y mantener permanentes
los fuegos de todos los incendios.
Arder desde abajo de la piel
desde donde crecen los gritos.
Arder juntos, con el crepúsculo.

Pregonar las voluptuosas ceremonias
que desarrollo por tus formas.
Pregonar tu nombre y el mío
aunque los demás crean en la palabra amor.
Pregonar el dolor de las cosas que nos separan
la desesperación del juego de olvidarnos,
en la vana certidumbre que en la distancia
nacerá la posibilidad del abandono.
Pregonar el vuelo de las miradas
cuando el universo se hunde y sólo las estrellas nos salvan.

Alarmar a los que permanecen dormidos
para que alcen la palabra.
Alarmar constantemente a los pájaros
para que nunca dejen de cantar.
Alarmar a los ríos, las tempestades, a los pueblos
las ciudades.
Alarmar al mundo; para que viva.

Recorrer las calles sin nombre de los años
y nominarlas con las ideas de los enamorados.
Recorrer puertos y fronteras y que los libros
los amigos, los unidos, los desavenidos
los que ensalzan ciertas uniones
los que desean, los viejos, los niños, los demás poetas
las luces y las sombras, los curiosos, los vecinos
los ancestros, los sicólogos y demás enfermos
los que no aceptan como son
los que revolucionan con palabras las estatuas y los perros los
guardianes de todos los zoológicos, los actores
los comerciantes, los sabios, los envidiosos, los santos
los iluminadores y los iluminados

todos sepan que nos hemos evadido

aunque mirando nuestros rostros en los espejos
decidamos que es mejor morir sin que nadie despierte.

*

(De «Poemas de amor»)

Interrogaciones

A Herman Hesse

Quién se aparta cada vez más del ruido y de las voces
espera ver reaparecer una presencia
detrás de los pliegues del olvido
para realizar el milagro del amor.

Quién camina las noches, las sigilosas madrugadas errando
con las estrellas.

Quién ha confundido la vida
con las inextricables marañas de los libros durante tantos años
se sienta en la orilla de un río, pone su mirada en la corriente
y siempre es el momento de partir.

Quién callará su palabra
cuando perciba la sordera del mundo
subirá las escaleras de su buhardilla
para encontrar el silencio del humo
mientras innumerables poetas de todos los tiempos
aguardan en los anaqueles el rescate de una noche
para vengar con dolor y goce sus vidas.

Quién abrirá las ventanas de su cuerpo a las estrellas
y a cada nuevo sol que ofrece cada día una prueba

suscribirá un manifiesto contra el hambre o un gobierno
y aceptará que los demás lo enrolen en la demencia.

Quién es capaz de descubrir la vida en un poema.

Quién estará tan atento
para arribar a Whitman, Pound, Milosz
y descubrir en ellos a un hermano
un espejo de uno mismo.

Quién aceptará la nostalgia en la memoria del presidio
se hará abstracción, signo, oscuro visitante del alcohol
desapercibido espectador de todo lo circundante
y a la vez visor de lo ínfimo no visto
que lleva a cuestas su universo.

Quién no distinguirá la vigilia del ensueño
más que nosotros, nuevos, primigenios
eternos lobos esteparios.

Poema al hombre auténtico

Admiro al hombre acostumbrado a la soledad de la espera
que por pensar murió como yo a cada desengaño
y al que pudo ver el sol a pesar de su tormenta.

Canto al que sufrió mi muerte y al que no me conoció.

Le escribo al sensato y al estúpido
y a la imagen que de cada uno de ellos tengo

limitado a paredes, también pertenezco a ellos
y a los que no lo son y a la corriente y al río.

Escucho al hombre enceguecido que lleva su verdad en lo
oscuro porque si fuera ciego aportaría mi retina a un lago
que supiera mirar o a un árbol o a su fruto.

Extiendo mi mano hacia la de cualquiera porque así lo
deseo y nadie me puede impedir que lo haga ni obligarme
a hacerlo porque si lo hago es porque siempre me estoy
viendo.

No soy caritativo ni egoísta ni bueno ni malo ni nada de lo
que los demás piensan ni nada de lo que yo mismo espero.

Soy como soy y quien no me acepte es porque nada sabe
ni sé yo lo que todos saben y el buen (mentira) dios quiso
alguna vez negarme.

Espero al hombre empuñando su cansancio hasta vencerse
mezclo lo irreal y lo concreto para despistar al que no me
pudo ver como quería ni yo lo pude ver a él.

Le escribo al hombre satisfecho de su noche transpirada
y al que por pensar murió dejando a la luz de la intemperie
la idea de que un sol lleno esperaba su timbre en la
mañana.

Le cuento al cascabel de mi terraza
lo que después él ha de difundir
que no soy loco como dicen ni tan cuerdo tampoco

pero llevo en mi lengua la palabra y no puedo pelearme
con mi cuerpo.

Si tengo que escupir y lo hago
no hay porqué un hombre protestando
por mi saliva en su cara, ni un hombre indiferente.

(De «Introspección»)

Lugar

Las puertas de los armarios están clausuradas por las propias
y las otras puertas.

Los buscadores de paz lo rompen todo.

Las puertas se escapan por las escaleras de los sueños
de los buscadores de paz
y los frascos lenitivos alcanzan a salir
llegando a las jeringas o las bocas.

Un vaso de agua o una aguja.

De golpe un golpe.

Una voz insuficientemente blanca.

Porque las guardianas del zoológico
pisan blancamente sin ruido
los gritos son de volúmenes permitidos.

Onírico

Entre los buitres de los sueños

Entre los buitres angelicales monstruosamente acicalados
surge el fuego hecho por el tedio de los volcanes interiores

Por eso en la noche de todos los silencios y de la gruta
estrellada los papeles y los ojos se mezclan en habladurías
cuando los pájaros azules del ventrílocuo van volviendo a
la botella que tapa con un corcho de nubes

Nubes de mentira con laderas que vuelcan su frío
el frío de los árticos, el frío de los infiernos
el calor de los cielos se cierne sobre nosotros
el cielo de los cielos baja hasta los infiernos

El infierno sube baja. El infierno es de frío
El cielo de caluroso invierno

Es entonces cuando los vasos inigualables de la perdición
se encuentran en todas las esquinas
para apoyarse sobre torrentes de papel

Es el momento que los pájaros buscan emigrar
para huir hacia los hermosos ilimitados espacios del blanco.

Mientras

Desde el vientre meta-atmosférico
parten tres carros de ilusiones
que batallan con los infiernos ascendentes
y los cielos esenciales.

(de «El Lugar»)

Rafael Ielpi

Acuérdate de mí

De todos modos, cada cual se irá con su valija
y lo que cabe en ella.
Un medallón con un poco de pelo adentro,
un anillo, las piezas de un juego de ajedrez,
Una novela policial inconclusa,
sábanas, vajillas, libros.
Pancartas de las flaquezas de cada uno.
Algunos se fueron antes, precavidos,
y otros se preparan a partir
en el próximo embarque.
Los hay que hacen cuentas todavía
ayudándose con los dedos de las manos.
Para esos también hay lugar en el pasaje.
Los que se quedan harán su juego.
Pobres o para nada menesterosos,
cada uno con su vida.
A los que parten, eso sí, una sola cosa:
acuérdense de mí.

El reparto de dones

Algunos los portan desde mucho antes
de formar parte de un mundo cada vez más artero:
son los ejercitadores de la paciencia, los orfebres
de la complacencia, los ubicuos a la hora del peligro.
Son los bebedores de agua, los prolijos, los naturistas,
cada uno con su don en bandolera.
Otros, los advierten en sí mismos como una condena
o una bendición, a veces cuando ya es demasiado tarde:
son los que ponen el pecho al peligro, tienden
la mano al que flaquea, aguantan la adversidad
y muchas veces la tortura, con los dientes apretados
y el corazón boqueando en el pecho, pero no ceden.
Muchos los padecen a conciencia, pensando
en dones divinos a los que es imposible renunciar:
son los caritativos del domingo, los que ponen
la otra mejilla para recibir entonces una puñalada,
los que condenan la mala vida pero salen de putas
a medianoche y se emborrachan a escondidas.
Déjenme con los míos: modestos dones que no llegan
a virtudes, pequeñas heroicidades cotidianas,
unas empecinadas ganas de vivir, deseos de mujeres
hermosas, amistades antiguas que perduran.
Con ellos también es posible, alguna vez, enfrentar
la adversidad y muchas veces la tortura,
con los dientes apretados y la boca sellada.
Cada uno sabe qué hacer con los dones que le tocan.

Me gustas cuando hablas

Porque el silencio siempre me ha parecido opresivo,
y vaya a saber por qué tan ligado a la muerte,
y porque en definitiva las palabras son las que nos salvan
o condenan, las que como un puente siempre frágil
nos permiten cruzar indemnes las fauces de la locura
tanto como los oscuros meandros del desamparo;
porque una voz alzada en medio del desierto
se convierte en nuestra esperanza y nuestro consuelo,
atravesando el silencio como un cuchillo atraviesa
una manzana y la transforma en dos mitades,
y otra voz que canta desde una ventana nos detiene
y fascina como una oscura llamada del deseo.
Porque sí, acaso, porque forma parte de un contrato
de amor nunca convenido entre nosotros, pero sobre todo
porque callando tus ojos se sumergen en una laguna
sombria cuyas profundidades parecen insondables
y las palabras se estancan y el silencio nos gana
con su invencible terquedad, no me gusta que calles.
Me gustas cuando hablas.

Ruidos en la noche

Primero, el sonido de pasos apurados,
después los pasos convertidos en desesperada carrera;
acaso, detrás de las ventanas cerradas,
con el miedo espantándonos la garganta y el oído
convertido en nuestra conexión con el mundo,
tal vez escuchamos el jadeo acelerado, la respiración
en el límite, la voz de aliento que incitaba a correr,
a salvarse, a desaparecer en medio de la noche.
Después, las otras voces, la furia de las voces,
los gritos, la destemplada rabia por la calle,
un motor que acelera y nos aturde, los disparos sonando
hacia la esquina; el silencio subiendo desde el río.
Es la mañana: afuera, la primavera joven.
Y un reguero de sangre.

Indianos en la Corte

El tiempo era, entonces, seguramente menos peligroso.
Tiempo de noches en vela, convivió permanente
frente a las luminosas copas. Allí estábamos,
compartiendo interminables augurios, inocentes
de la melancolía, bebiéndonos la noche,
sin saber, como Gotescalco, que sólo los buenos
tendrían asegurada la salvación.
Allí estábamos, desarrapados discípulos,
desarrapados maestros, compartiendo una mesa sin tedio,
edificando paraísos artificiales y efímeros,
murallas para la ruina de los días. Alguna vez,
alguna vez entre el insomnio,
mirábamos los fuegos de la noche:
brillando afuera, a intervalos, se prendían y apagaban
en medio del silencio, como una llamada,
como una necesidad, como una ofrenda. Ella era la invitante,
la cortesana respetuosa, dama en banquete de señores,
inviolada doncella a la que nadie desposaría sin sangre.
Para eso estábamos allí, tal vez sin saberlo.
La noche llamaba con su tenebroso cuerpo quejoso
y la llamada atravesaba la ciudad como una flecha,
convocándonos a la cacería. Éramos obedientes cazadores,
veníamos desde la oscuridad de los barrios,
atravesando también un territorio devastado,
donde los habitantes cansados sólo pensaban en el sueño.
El tiempo era entonces, seguramente, menos sangriento.
La sangre estaba en nosotros, circulando como un tranquilo río
por las venas, comunicando sentido a los cuerpos,
inquilina demorada y pacífica. Andaba por las heridas

de los asesinados, por la boca de los ahogados, en menores incidentes que el sueño. No estaba por las calles: allí, sólo la noche.

Con sus fuegos ardidos, con rezagados borrachos que cruzaban a sola y luces en la esquina del encuentro. Adentro, la vida íntima de los claustros alcohólicos, sin drama ni nostalgia: allí, nosotros, compartiendo el azar, suponiendo el futuro, desengañados del pasado, cazadores de sombras. Estos son tiempos diferentes.

Viajeros y desterrados

No vale la pena ahora esa ceremonia, ese ritual de la memoria. Puedo decírtelo casi sin palabras y acaso sin demasiado emoción: estos no son los tiempos de antes ni volverán a serlo ya nunca. Partiste hace mucho, acaso demasiado, y te consumen las ganas de volver a reencontrarte con tu propia desolación, con su pasado mudo. No puedo impedirlo. Sólo una cosa, pequeño consejo de amigo: sopesa bien tus pasos antes del regreso, piensa en las cosas que dejaste atrás y en el tiempo que todavía te resta por estar vivo. Acaso no valga ni siquiera la pena de viajar tanta distancia para encontrarte apenas con restos de lo que quisiste. Aunque, te comprendo perfectamente, las cosas no pasan por allí: y quizás sea mejor que de una vez por todas te embarques en el viaje de regreso, portando apenas el equipaje de los que se han ido sin tiempo para mayores preparativos. Puede que eso sea lo mejor para tu rabia, para tu locura de muchas noches, para el suplicio de saberse desterrado en medio de una tierra que no es la nuestra, en una ciudad que no nos pertenece como la que conocimos alguna vez. Lo demás, ya lo sabemos, es una historia que empieza todos los días, cuyo comienzo conocemos y cuyo final, de eso estoy seguro, también.

Los ríos que van a dar en la mar
Según cómo se los mire.
Usted, por ejemplo, negará su existencia,
encontrará razones y diversiones
para alejarlos de su imaginación.
La pobre ya tiene demasiado con sus afanes.
Según cómo se los mire.
Usted, digamos, tampoco creerá en la evidencia.
Las fotos se trucan, podrá decir,
y se convencerá de que es una razón como cualquier otra.
Hasta mejor que cualquier, pensará.
Según cómo se los mire.
Mírelos como debe ser: con los ojos abiertos.
Usted está viendo lo que hay: cadáveres.
No hay explicaciones mejores
y eso es, quizás, lo más hermoso del caso.
Que según cómo se los mire
ellos vendrán alguna a pedirle cuentas:
por derecha,
o por la simple fuerza de las cosas.

Conversación en la Catedral

-¿Cuánto tiempo hace que no te confiesas, hijo mío?

-Veintisiete años, padre.

Acuérdate de mí

De todos modos, cada cual se irá con su valija
y lo que cabe en ella.

Un medallón con un poco de pelo adentro,
un anillo, las piezas de un juego de ajedrez,
Una novela policial inconclusa,
sábanas, vajillas, libros.

Pancartas de las flaquezas de cada uno.

Algunos se fueron antes, precavidos,
y otros se preparan a partir
en el próximo embarque.

Los hay que hacen cuentas todavía
ayudándose con los dedos de las manos.
Para esos también hay lugar en el pasaje.

Los que se quedan harán su juego.

Pobres o para nada menesterosos,
cada uno con su vida.

A los que parten, eso sí, una sola cosa:
acuérdense de mí.

Victoria Lovell

Frente a la puerta ojival
saber que la piedra está viva
no decir que la casa
calla y soporta
no pronunciar su nombre en vano
apretar la cuerda
que repique el badajo
y esperar
siempre seremos bárbaros.

Zamarrear la cuerda
golpear con el puño
hasta sangrar la madera
el nombre
se restituye a su origen.

Fosforescencia marina
protozoo flagelado
nocturna noctiluca
invisible diurna

Escribe al dictado
el pabellón de la oreja
de quien susurra al páramo
el deseo de querencia.

Fisuras subterráneas / ojo ciego
indiferentes a la escena
los muertos familiares
sacuden el cubilete sonrían
ruedan los dados .

No conoceremos la figura
estamos detrás de la cortina de mimbre.

De esas regias soledades de sus fauces desdentadas entre lilas
raídos tapices colgajos por donde no cabe el aire
para el tempo de las hechizadas zapatillas que acuden a su destino
al igual que el aprendiz sigue a lo largo de la nave mayor
un guardapolvo gris, Gaudí que mezcla aún
los contornos imposibles de la sagrada familia
o las aguadas tintineando en las jarras frescas del estío

Tan cierta la mentira
que habremos de lacrar y enterrar
en sitio seguro.

Sólo la piedra de esta casa
conoce su genealogía.

El escribiente

Quien escribe se presta al simulacro del yo; sólo el mientras puede ser expropiado. Respiro mientras sueño con las estaciones, por donde el tiempo se pasea a la moda.

Sordo monograma; cuántos dirán ayer en Cartago, qué daré por estas iniciales. Grabadas a fuego en el torso del esclavo, piedra que tabula tabla o arcilla de boulevard, amuleto para que nos libre de todo mal.

No aprendí a mondar la naranja
en ascendentes espirales
mientras un lago o el relato del Ipacará
salpicaba la entrepierna
de aquel hombre que deshilaba
acentos agudos como arpas del trópico.

Dulcísimo zumo / todo lo ido.

Ceremonial

Náusea la acción de los dedos en la garganta convulsiones
ritual nocturno esclusa que se abre a medianoche
cuando la otra ha sido tapiada todos pierden el olfato
en esta casa nadie sabe reconocer un cadáver

Constelaciones del cadáver. Descomposición de las figuras.
Restos de epidermis. En el fondo del water atisba
el mismo rostro que acecha en los bordes.

(De «Jardines Cerrados al Público»)

Macedonia

Lo trágico desteje un punto
ese agujero de espumadera*
por donde Bellamuerte cae.

**a menor materia mayor valor*

Tan absurda como Eterna
corta trocitos de antinomia
el mundo fue inventado antiguo
cita a su lector.

(De «Desde el hastío»)

César Vallejo en Isla Negra

Con el trago quality beer
salobre espuma trago
en la isla
donde asoma en crepusculario
aquel otro aparecido
que no ha dejado – como el maderamen-
ni un día jueves de morir
porque no está presto el mascarón
para esa distancia
esa en la que lava tu lavandera
sus venas otilinas.

Ambos huérfanos en el curso de otra rosa
otro soplo sobre los velámenes
esa prosa del morir.

(De «Desde el hastio»)

Rousseau, el Aduanero

León

Traza una cabellera para enmarcar
en la arena el rostro dormido.

Sobre un fondo añil la lente fija la mano
la luna empalidece al león
sigilosamente / se acercan a su presa.

Gitana

Las huellas se anudan al grano
arenoso donde yace
en la sabana dormida
aquella gitana bajo su saya
arropada por la luna llena.

Por el rabillo del ojo
el cazador mide la distancia
preso del tiempo no depreda.

No sospecha acaso
que la eternidad
quiere su tajada.

(De «Desde el hastío»)

Rafael Felipe Oterño

Una alquimia

Si mis vecinos orientales
me hubieran visto recoger la bosta
y esparcirla sobre el cantero,
hubieran dicho que he desertado de la poesía.
Ellos no saben
que la poesía es una alquimia de energía y forma,
y que ambas descienden a la vez.
Sólo que a la forma la podemos aprender
leyendo a Catulo o a Banchs
o al valéryano Mastronardi,
mientras que a la energía hay que recogerla,
y si es de la calle y está aún tibia, mejor.

Es, dirían los ilustrados,
un choque de civilizaciones, un diálogo
entre culturas: Virgilio
de regreso en Brindisi, con el plan de la *Eneida*
en la cabeza; el general romano,
abandonado por su tropa
a orillas del Limia, llamando a cada soldado
por su nombre.

No queda, pues, otro remedio que aprender
las viejas reglas
y salir, de tarde en tarde, a la calle,
apenas suena el paso vigoroso del caballo.

Baba del diablo

Un *dictum* biológico
nos lleva a creer que el mundo
se cierra tras nosotros, y que todo pasado
fue mejor. Mentira,
mentira de viejos que no quieren oír
el crepitar de las llamas
cerca de ellos. Por suerte, el mundo es más joven
e impredecible
que sus huéspedes. Y todo es
una cuestión de perspectiva: lo accesorio
sigue la suerte de lo principal,
el accidente no modifica el conjunto,
los meandros son y no son el río,
su espejo depende
de la corriente que pueda haber
aguas abajo. El futuro
es la gran incógnita y no está
en nuestras manos predecirlo. Menos aún
afirmar que no habrá futuro. La pervivencia, si la hay,
• porque bien puede ser una baba
del diablo que se enreda en el cabello-
es liviana y ágil como un globo
de gas, en cuya barquilla estamos
solos e indefensos.
Lo que ha aprendido esta cabeza
es a echar lastre
y a no controlar el rumbo.

Fotografía de mis padres

Este año no tuve presentes sus aniversarios,
qué raro, yo que aprendí, de su mano, reverencia y
admiración.

Los años se atropellan unos a otros,
y ya es difícil saber qué está arriba y qué está abajo.

El anciano maestro, por ejemplo, está abajo
y sin embargo me acompaña
cuando doy mi clase a los alumnos;
su vino joven enrojece mi boca,
aunque su lección está lejos, diminuta en la tierra.
Todo es íntimo y necesario mientras vive,
luego toma formas redondeadas
y hasta puede rodar, ocultarse y regresar sin aviso.

Pero ya es otro y casi no lo reconoces.

Ayer encontré esta fotografía, extraviada hace muchos años,
y sus ojos, mirándose enamorados, parecían eternos.
Y eran eternos, porque es lo único vivo que ha quedado de ellos
y que continúa su coloquio en este cuarto.

Nomeolvides

Acostumbro
a recoger para ellos *nomeolvides*,
pequeñas flores de octubre
que se prenden a la solapa
como abrojos.
En la piedra no hay nada
que las sujete:
ni el pocillo con agua
donde las sumerjo,
y que de ordinario se seca
tras mis pasos.

Tal vez sea mejor así:
que duren el instante de llevarlas,
apenas la decisión
de ponerlas junto a unos nombres
que sólo yo
deletreo hasta el final.
Sí, tal vez lo importante
sea sólo eso:
que mantenga la promesa
de llenar los vasos
y no derramar el agua.

Lo invisible

Miraba a través de las ventanas
y nunca era lo mismo;
el paso de los hombres y los ganados,
las nubes por encima de la cabeza:
todo era distinto cuando lo miraba por segunda vez.

Lo que a la mañana era dardo o trigo o bola de billar,
a la noche era fósforo
y permanecía encendido como el mismo sol.
La propia sombra era una figura desconocida,
recortada en el suelo.

La lluvia era otra, ¿acaso podía reconocerla
por sus largos silbidos?,
¿qué la mantenía unida a la infancia?,
¿qué hizo que fuera consuelo y no abismo?.
¿Qué hay, fuera de foco, entre el presente y el pasado?

La vida toma de la vida su insistencia;
todavía aturdida por la oscuridad,
no cesa de sustituir lo visible por lo invisible,
y de dar a lo invisible
forma de pájaro, de pez, de lirio joven: de rostro.

El verano pasó

El verano, que tanto esperábamos, pasó,
y en la puerta cuelga la vaina de semillas
secándose al sol, y en la mesa
unos reflejos, como de sol, se notan cansados.
Varias hojas, incluso, que el viento tumba,
han llegado hasta aquí,
pegadas a la suela húmeda de los zapatos.
Tal vez los zapatos puedan explicarlo:
han caminado todo el verano
y muestran las huellas del obcecado jornal.
Ruinosos, fatigados, se diría que hablan
de su cansancio, que seducen
por el alma que ya no tienen,
y que también, como la vaina de semillas,
esperan las mandas del nuevo verano.

La caverna

Tiene la sustancia del mundo: la oscuridad;
una boca por entero abierta,
largos silencios de gigante que no se entienden;
el viento ha arrojado allí unas pocas palabras
y las repite,

pero no son más que palabras, pues no regresan.

Yo permanezco a su lado: del lado del fuego.

Custodio la entrada y me observo

recortado en la sombra (no soy más que sombra).

Tengo la sustancia de los hombres:

Curiosidad y espera, orgullo y obstinación.

Absoluto

¿Adónde estaba su día?
¿En la grupa impaciente, en la polilla blanca?,
¿en la pelota que rebotó
y fue a parar debajo de las ruedas,
con toda la infancia adentro?
¿Tal vez en la cornisa rebosada de sol?,
¿en el sol?
 ¿Que no era eso, no?,
que no tenía alas, que estaba quieto,
desentendido de nosotros.
¿Y qué es todavía, si es que todavía
hay lugar para el aún?
¿O estaba en la risa de esos dos jóvenes
que suben y bajan por las calles de la ciudad?
Suben y bajan por la ondulación que los conduce,
y los vuelvo a ver, y los pierdo.

Ana Russo

Sanación por el azúcar

poner azúcar sobre las heridas
cierra la
piel abierta orillada sangre
vertedero a detener que es hora
ahora
no esperar a que pare su hilo
si se anuncia un desmedro
no es seguro que al punto
no aparezca un nuevo borbotón
si se toca el lugar -hecho de palabras
como hojas de cuchillo tramontina
para uso diario
y por rompiente de ola
usadas en menester de muerte-
mujer que sueñas
te has caído en medio de tu sangre
y es hora de que alcances
el tarro del azúcar
que está alto
muy alto
en el último estante del descreo.

Sanación por la sal

hay una sal humana
viene tocando suave los intersticios/
el alma se aviene
de saberla sustancia
sonora sala las grietas de mi cuerpo
hecho de metales/
por sudor y tacto de mi lengua
puedo llegar a mi sal/
coagulación de voces
mecen los humores
adentro las voces disuelven y endurecen
hay que oír
• nada más puede hacer mi alma-
como se oye un nacimiento o una muerte/
la sal se ocupa de la resonancia
las voces dan
la cansada humedad en la frente
el trabajo del tiempo en verbo gustativo
la síncope de las almohadas mudas/
hay una sal acústica
que trabaja
en las células de llenar y vaciar
en la cavidadcáliz
y los fuegos de entrepieles
una sal
de sombras y de infiernos
mezcla de mercurio y azufre
sal hablante que cura sin hablar
cura
la tanta exigüidad insípida.

Poemas a las manos

I

ha recorrido cuerpos
ha buscado haces de luz
en noches del demonio
ha lavado sangres y orines
ha deconstruido
furiosa
 mente
 loca
ha vuelto a colocar
las piezas de reemplazo
-como pudo-
del juego de ladrillos
y confía
y confiará
en el punto de apoyo
porque le pertenece
ese tipo de fe.

II

aprendió todas las texturas
sólo quiere recordar
las más privadas.

III

en su hueco están todos los rostros
las tramas de fruto amargo
y las de agua dulce
quedaron como huellas
que aleve lava
brutal
misterio
grabado tatuaje de todo el tiempo
para siempre
tiempo de rostros dibujo dentro
debajo de la piel que
no dejará ver la identidad
de las líneas de mano que oculta/
agrava.

IV

uadrada y rotunda
pala de puntear
vaso sagrado
espía de los esquejes
olfato del vacío
solución inmediata
solución de eucalipto
solución contra viento y marea
turbina
poco miedo mucho miedo
elegida no elegante
esta mano
 mía donde vivo.

V

no se puede tocar la boca
del rostro dormido
prohibido
no sé si muerto
si dejado ir de si
no se sabe si descansando
de su propia boca oscura
esta misma noche
corto mi mano y me doy luz.

VI

parterre
hecho con capuchinas/
vulgaris: taco de reina
y no se sabe
si el naranja la trastorna tanto
que tupe lo que late/
los ojos respiran la redondez leve
de las hojas
y el rojo de la variedad sangrante
hace lo que puede
por curarle el alma de las manos.

X

a la mano están
poemas como escalpelos
dejando ver los huesecillos
que labran y labran la copa de arcilla
que será destruida
inevitablemente.

Santiago Sylvester

-(como la niebla alrededor de un aeropuerto)

UNA mujer, joven y demacrada, como era y
por lo tanto como siempre ha sido, me dice sin sonreír, sin
ninguna carga de emoción: sí, soy yo.

El amigo que se mató

**salta por encima de los treinta años
y también me dice que está aquí.**

La casa al borde del

río espeso del verano, con la higuera
y las chirimoyas que siguen dando sombra,
me hace saber que es inmortal.

El

perro que me mordió
me sigue mordiendo: y

¿quién es el que trae los libros de mi padre, los apila sobre
el

escritorio, y abre la ventana hacia la calle para que
charlemos en paz? ¿quién se lanza temporal abajo y
sigue

llegando con el pelo en desorden, sin nombrarme pero
intensamente reclamando por mí? ¿quién se distrae un
instante y luego deja que pasen los años para

recordarme

que los años han pasado?

Restos de memoria: materia intangible que se arma y desarma

como la niebla alrededor de un aeropuerto: unas veces

para dar consistencia a una cara, otras para saber algo más de lo que ya sabía.

Y sin embargo

no es esto lo que quiero decir: siempre hay algo de vida propia,

algo

de vida que no es nuestra; y ya no se sabe qué es recuerdo, engaño de la memoria o como se llame el agua removida que se junta cuando conocemos demasiadas cosas con las que no sabemos qué hacer.

(¿elijo recuerdos?)

¿ELIJO recuerdos? Pero no muchos: sólo
una parca selección que incluyo entre libros, tazas de café,
proyectos que se asoman como bogas y se van con el
cardumen que desaparece;
y junto a todo esto
el mapamundi de lo que he visto, lo que me falta ver,
y ese chico sentado en una piedra del río Chicoana: el
agua me
salta por encima de los hombros, pero entonces ya es de
noche,
chista la lechuza que ha salido a cazar almas en pena y ya no
puedo dormir hasta que oigo el alivio de las cucharillas en el
desayuno. Desde entonces
todo ha sido avalancha de objetos
y personas.

Pero el tiempo no pasa tan rápido como se dice: hay
maceración: las campanadas que aquietan el patio a las nueve
de la noche, la primera mujer que me mira, el tren que me
saca valle abajo: en eso toco tierra y
no bien se toca tierra empieza el paso de los años.
Esto ha sido así: vértigo que no ha acabado, laberinto lleno de
muerte del que tampoco se sabe adónde fue a parar.

Una colección que se interrumpe y recomienza: cada día
se interrumpe y recomienza el
fracaso de la memoria
que sólo muestra lo que ya no podrá ser.

(la trabazón)

Cuántas palabras leídas, escritas y usadas al cabo de estos años:
qué ceremonia el lenguaje.

Qué cantidad de inventos éstas
y otras palabras remontadas por el ramaje común,
como casi todo lo que existe.

Ahora

sé que lo importante son las creaciones: el lenguaje es una
creación,

el yo, el amor, los límites del mundo que
son estas palabras; Dios, una creación
imperturbable y humana; el alma
otra creación;
y está la trama secreta que los implica a todos: allí
no puede faltar nada, ninguna de estas criaturas sin riesgo
de
que las otras también desaparezcan:

cuántas palabras

para explicar este suceso: la trabazón tan bien armada: que
todas las palabras

sean benévolas: que todas
den esperanza al cañamazo de este mundo: que las
palabras que
uso

tengan consuelo.

(el túmulo)

En el camino a Los Yacones que recorro
a pie, hay un túmulo en la orilla: indica el sitio en que
alguien
cayó muerto.

Son

cuarenta o cincuenta centímetros de piedra, una cruz de palo y

un nombre que se fue gastando hasta que ya no nombra a
nadie. Pero

quién puede pensar en la muerte
ante señal tan mínima y efímera. La muerte
pareciera ser otra cosa, no digo una amenaza sino en todo caso
aferrada con uñas y dientes a la vida, de ahí
la ceremonia de la «capilla ardiente»: ¡qué nombre con
ganas de
quedarse!

Esta tumba, en cambio, no acierta: le falta sobresalto: hay
discreción de quien hizo el túmulo
o de quien está debajo,
pero tan poco señalamiento
crea una sospecha:
esta muerte

no tiene muerte adentro.

**Tal vez sea el propósito: señalar apenas una vida que fue
amable,**

y que todo quede en una palada al borde del camino
para que el que pase por allí
solamente pase.

(Königsberg)

LLEGABA hasta el borde de la ciudad, donde cedían las
últimas casas: nunca
pudo Kant cruzar esa frontera: nada de excesos en torno
al asunto de los límites;
así dijo las raíces del exilio son interiores: las raíces
también retrocedían, se replegaban temerosas
de cruzar esa zona del corazón
con los cuidados de la angustia.

Königsberg

fue su invernadero: su ideal
no era comer en restaurantes y vivir en hoteles, sino la
precisión:
un cerebro volando en línea recta como un desafío
y un privilegio: el de construir
el paisaje, su escenario fiel
y mimarlo por ochenta años: un triunfo de la elaboración
para quien sabe que darse cuenta es aislar, que yo
es representar una idea: amueblar el mundo, y
en cuanto a la vida
vivirla como
una cuestión intensa que no llega a suceder.

(Avenida Santa Fe)

TODA esta gente, aún sin saberlo,
tiene opinión sobre nosotros: nos da la razón, discute,
habla en contra o a favor:

 y todos, aunque

no lo sepan,
necesitan dos oportunidades: la primera, para la
impostura; la segunda (y

siempre que haya suerte), para mostrarse como son.

 Ese hombre angustiado

se despierta a medianoche para saber cómo está,
aquella mujer no termina de cuajar en estilo; lo peor
del exhibicionista

no es lo que muestra sino lo que oculta;

¿y qué haremos con ese hombre pomposo que, cuando
habla, no se apoya en su opinión sino en su cuenta
bancaria?

Sólo la variedad

justifica esta abundancia: ver

es verse, pero el riesgo consiste en lo contrario:

no advertir que, al mirar,

nos estamos mirando: salir

a no mirar,

y que esta calle no exista para uno.

DE los griegos, el vicio analítico;

de los judíos la pasión por interpretar; de los romanos el

regusto por mirar el aire denso de la quemazón y la

lujuria sin obstáculos; de los árabes

otra variante del origen;
de los quechuas, sin ir tan lejos, la palabra
que como el árbol voltea frutas para el que pase por ahí:
y nosotros al medio con resultado incierto,
entre obsesos y distraídos,
separando lo que con tanto esfuerzo se juntó
y dándole vueltas a lo que no da para más.

De esto viene

**que transformemos todo en metáfora, síntesis y
anunciación**

para ir buscando la puerta que nos saque
sin saber hacia dónde;
que alguien reúna los pedazos por si nos miran desde
lejos

y así habrá una respuesta para cada cicatriz.

De todas las teorías, la que más me intriga es la de la reencarnación: no

por lo improbable de haber sido hugonote
o coliflor en una huerta etrusca,
sino por la sugerencia implícita de que
cada uno de nosotros merece haber sido otra cosa.

Hablo de merecimientos: la insistente sucesión que viene

desde lejos: el que es, el que

pudo haber sido
o para averiguarlo con ejemplos: el que quiere el bien y
hace el mal, el que tala un bosque y

ronca bajo el agua,
el que degüella la gallina para la cena pascual,
el que se disgrega en la noche con las canciones de la
buena nueva: o

el que, como cualquiera de nosotros, ha heredado un error.

Hasta que nos retiramos juntos hacia un rumbo
inesperado,
y ahí queda la pregunta de si es útil buscarnos en la
ceniza funeraria donde, todos revueltos, estamos
inventando un porvenir.

Reynaldo Uribe

Celebración

sol,
privilegio del paisaje

olor
a condimentos exóticos
en carnes rojas

sabor de un vino
acunado en roble de Nancy

el gesto
de ella
acariciando mi espalda

la vida plena

la vida

Tiendo los brazos

tiendo los brazos
y tu imagen
se desvanece...

mis manos se cierran
vacías
 huecas

tal vez sea un niño
que sueña
un caballito de cartón

¿eres de verdad o no?

cuando llegue la muerte
no voy a despertar

seguiré buscando mi sueño

seguiré viviendo
en mi sueño

Final de fiesta

Cuando todo acaba,
el olvido.

Un nombre,
una palabra:
otro escalón
hacia el altar
de la muerte.

Tiempo pasado

grieta
entre voluntad y memoria

no alcanza
para arrinconar a la muerte

Fetiches

Incucái
UNICEF
Conadep

PNUD
APDH
Prondec

Lalcec
Fonavi
YPF

iniciales
para describir
un universo

logotipos
que señalan
y justifican
abandonos

Trenes

mi casa retumba
con el paso del tren

no es
el peso de máquina
y vagones,

son latidos
de corazones
que ya no vienen

Rosario, 1972

(en Santa Fe 2107)

acosada
por gases lacrimógenos
y la policía montada,
te abrí la puerta:
me abrazaste temblando,
sin palabras

luego
tu silueta
se desdibujó en el horizonte
y el tiempo

Huellas

el viento
gira sus agujas,
borra
toda marca del camino

sopla
antiguos pasos
a ningún lugar...

deja la tierra
intacta
para esas huellas
que justifiquen
lo inmenso...

Ofrendas de amor

Combinar
bombacha con corpiño.

Usar un perfume cualquiera
exclusivamente para él.

Aplicar las uñas
a la espalda
y no las garras
al cerebro.

No impostar
voz de puta
centroamericana
en películas yankis,
cuando lo veas borracho
e incapaz de saber siquiera
dónde está su sexo.

El cabello es clave:
tiene que seducir a él,
no tu propia fantasía.

No esperarlo cuando llega de viaje
con comida sobrada
y durmiendo la siesta.

Cuando escribe,
le cae bien un whisky
silencioso, que no espere
un agradecimiento protocolar.

Minifalda
medias negras
a veces
son gestos necesarios.

El
no es un superhombre
sino un hombre común:
apenas necesita
ofrendas de amor.

Graciela Ester Zanini

criatura mental

Y aquí en mi cabeza, estás tú
profiriendo palabras.
H.D.

I

Debajo de mis pies
todo está en fuga.
Pero es en mi cabeza
donde suceden
la pirueta del mimo y su sombrío
aletazo sin ruido.

Sugestión, no hechizo.

Y, a través de los muros,
en perfecta simetría, hamacándose
entre voluptuosos posibles, el silencio.
(opaco cristal de realidad
a la altura de mis presentimientos)
Quebrado, diverso, ineludible, clavado allí
hablando, hablando...

II

No hay felicidades remotas ni cielos aproximándose.
En la penumbra de los desalmaderos
hay hambre.
De todo.

criatura ambulante

Hay cansancios que pegan el cuerpo contra el piso.

Uno comprende entonces
que el corazón necesita un largo viaje
para acallar tumultos de la carne
o hacer de la fatiga
mansedumbre.

La noción de agujero llega con las pedradas

criatura ausente

Esa que mira y pregunta ¿qué has hecho de tu vida?
tiene algo familiar, lejano,
que responde contra mi voluntad de silencio.
Algo que pugna por hacerse visible y tocar
-aunque fuera una vez- lo que estoy siendo,
sin que aparezca el miedo con su ojo de cíclope.
(y si fuera que estoy lejos, quién entonces abrirá
una vía en el sueño, para que pueda
regresar a casa sin ser vista..?)

Raspo el fondo de mí y ni siquiera sangro.

criatura haciendo cuentas

Hago el recuento y mis números hablan de faltar.
Dicen de cada uno que ha perdido a quien era.
Ficciones, ganchos de los que cuelgan
sueños de mis amados
y una edad en la que el corazón
ya no acepta placebos.

Pura acumulación de ruinas y un aliento cortito.
Eso que no da tregua.

criatura que recuerda

Atadura fortísima el pasado,
desgarro el tiempo ido.
Piel puesta en intemperie
desuello o voz
que a veces ruega
y otras
maldice y se maldice.
No hay elusión posible.
Todos tenemos un corazón que teme
y un cuerpo que recuerda.

a Susana Rubio

criatura renegada

Pensé: cuesta abajo
debería ser más fácil deslizarse.
Un descenso festivo sobre el carrito de algún
varón de la familia, prestado para la travesura,
en una siesta que nadie vigilara.
Lástima la delicia del vértigo, la pasión por las mareas.

El sonido inequívoco de la Gracia cuando habla.

criatura perdida

Memoria, casi duelo por el pequeño cuerpo
hallado en la niñez,
en medio del estanque de los patos,
como una flor acuática de especie tenebrosa.
(verme caer, flotar
con todo al aire,
impudorosa,
y vuelta orquídea, caer
hacia la noche de agua)
Contengo la mirada del cachorro
que no llegó a guardar la casa
Que de frío y mojadura se fue, solo
y sin mi mano a pelo en el lomo chiquito.
Que por el agua -victoria regia o camalote-
tal vez regrese
trayendo el aire que faltó para la vida.
Cualquier noción acerca del fracaso
fue adquirida esa tarde.
También la del destiempo,
agua de los desesperados.

MUESTRA DE POESÍA URUGUAYA CONTEMPORÁNEA - Selección de Alvaro Miranda.

Gracias a la invitación de la Asociación y Revista Internacional de Poesía de Rosario, Argentina, llega al lector una selección de poetas uruguayos contemporáneos. Conviene aclarar que se trata de una Muestra antes que una Antología. Muestra en el sentido de «parte de un conjunto considerada representativa de él». Como si efectuara un corte en el proceso de la poesía uruguaya para mostrar un estadio determinado de su evolución. La Antología procura un estudio abarcativo, expansivo; la Muestra procura un corte en la textura para mostrar al público lector un momento en la evolución de esa escritura.

De ahí ciertas características de esta selección: la mayoría de los poetas pertenecen a la Generación de la Resistencia (1973-1985). Esto es, los poetas que comienzan a escribir sus primeras obras en el contexto social, político y cultural, determinado por la Dictadura militar que gobierna al país durante el período indicado. Antes que un equívoco «silencio», como alguien quiso tildar a esta generación, durante los años que transcurren entre 1973 y 1985, hubo una intensa actividad cultural resistente: en el *canto popular*, con el surgimiento de nuevas voces y canciones que, lejos de mostrar una actitud resignada, promovían la concientización y crítica al sistema establecido; el *teatro*, cuyas obras más representativas de la época mostraban un filo subyacente que el público supo interpretar y la *poesía*, cuyo lenguaje se revelaba adecuado para el ejercicio analítico de la situación cultural del país, utilizando la metáfora, la ironía, el juego de palabras, o sea, los recursos expresivos naturales del género, para inducir a la meditación sobre el

sistema impuesto.

Con respecto a este tema, para aquellos lectores interesados, remitimos a la lectura del ensayo *La poesía uruguaya de la Generación de la Resistencia (1973-1985)* que puede consultarse en Internet en el sitio www.letras-uruguay.espaciolatino.com.

No todos los poetas incluidos aquí pertenecen a esta Generación. Debían estar presentes voces de anteriores generaciones que, de un modo u otro, incidieron en la Resistencia: la poeta Ida Vitale, reconocida exponente del 45 con resonancia internacional; el poeta Enrique Fierro, cuya escritura signó el desenvolvimiento de voces posteriores en el tiempo, adscrito a una generación del 60; el ensayista y narrador Fernando Aínsa, también perteneciente a esa generación, actualmente volcado a la escritura de una intensa, humana y medular poesía.

En cuanto a los poetas que comienzan a escribir en las décadas de los años setenta y ochenta, están presentes: Marcelo Pareja, singular poeta ceñido por una lúcida conciencia del lenguaje que no desdeña el uso de la parodia, la ironía y el humor, por momentos *naif*; la poeta Delia Musso, con dos instancias bien definidas: una primera producción poética significativa en la década de los 80, para arribar, recientemente, a la firme consistencia de su último libro. El poeta Héctor Rosales, divulgador constante, desde Barcelona, de la poesía uruguaya en el mundo, con una poética de personal estilo y lenguaje que afina la precisión y la firmeza. El poeta y cronista de los espacios culturales uruguayos, Alejandro Michelena, quien ha llevado nítidamente, a su poesía, la voz popular de los cafés montevideanos con su peculiar e intemporal fauna criolla. Espacio aparte merecen dos destacados escritores

recientemente desaparecidos: el poeta natural, ser humano generoso, inolvidable amigo, Rolando Faget y el excelente dramaturgo de reconocimiento internacional, a la vez que insoslayable narrador y poeta, Ricardo Prieto. Finalmente, la voz de la hermana de una de nuestras más altas poetas, Marosa di Giorgio. Me refiero a Nidia di Giorgio, que ha seguido el camino que lleva hacia una poesía de búsqueda personal, de intransferibles tonos líricos.

Estos son los poetas que reunimos en esta Muestra. Cada uno de ellos escogió, personalmente, los textos que se presentan aquí. Más allá de clasificaciones generacionales, los une la común preocupación por el ejercicio de la poesía. Cada uno de ellos con sus características propias, su tono individual, la personal elección formal y semántica que los define e identifica, inscribiéndolos en el ámbito de las letras nacionales.

Una final puntualización: por la gentil invitación de Guillermo Ibáñez figuran, en este contexto, poemas de quien esto escribe. Medularmente inserto en la Generación de la Resistencia, también expongo, a consideración del lector, un conjunto de textos que, espero, sean de su gusto.

Y nada más, salvo agradecer nuevamente este puente que se tiende desde Rosario a Montevideo para demostrar que, más allá de ligeras diferencias, nos une, como a pocos países en el mundo, la coexistencia de una idiosincrasia común.

Alvaro Miranda Buranelli.

Montevideo, octubre 3 de 2011.

Fernando Aínsa

De Aprendizajes tardíos (2007)

Me presento:
tardío aprendiz de hortelano,
falso modesto cocinero,
y otras cosas
que ahora poco importan.

Así recorro feliz mi nueva propiedad
tierras de memoria familiar recuperada
olvidada heredad replantada con esmero.
(No esquivo el dulce sabor de las claudias
ni del higo que pende sobre el bancal vecino)

Esgrimo lápiz y libreta
(de momento el ordenador apagado)
y de una vasta biblioteca recibo apoyo;
pues nadie ignora
que no hay inspiración que valga
sin un verso leído no sé dónde.

Haré del recuento de parte de mi vida
(y sus altibajos variados)
materia del devaneo en que me solazo
tras adivinar el fin posible
en un diagnóstico apelado,
instancia en la que todavía me debato.
Y en eso estamos.

Del valle secreto

Del valle secreto escondo su emplazamiento.

No quisiera revelar el refugio donde protejo recuerdos del
desgaste y manoseo,

pero puedo decir que está en Teruel
y por lo tanto existe.

El camino que pasa frente a su entrada
titubea y se estrecha,

no tiene escapatoria.

Muere al pie de la represa,
cuyos doscientos setenta y tres escalones aún subo
cuando vienen mis hijos y ahora mis nietos.

Coto privado de pasadas cacerías
tengo entre las paredes de mi casa
muchos libros
un armario con cajas de zapatos que desbordan fotos,
cartas, raros mensajes, facturas,
manuscritos incompletos,
agendas con citas olvidadas
y unos discos de vinilo que no pueden sonar
pues perdí en una mudanza el giradiscos de rasposa aguja
con que Bach y Los Panchos alegraban mi vida.

Allí en mi refugio me repito,
como si de convencerme se tratara
para una serenidad que no es indiferencia
(¿o lo es, aunque se disfrace de trascendencia?) :
tratemos de encontrar el tono justo
para este rebobinar de tantos recuerdos,
pues ya lo dijo Felisberto, apellidado Hernández,
«He ido a la memoria a juntar hechos.
Alrededor de los hechos han crecido pensamientos».

Nueces, 3

La nuez es una cabeza reducida,
duro de romper su cráneo
 (si te quedan dudas del símil mira la forma de su
fruto:
como un cerebro
 dividido en dos hemisferios de fijas nervaduras
aquí la razón, allí las emociones,
lógica y sentimiento, sin comprenderse).

Dicen que el condensado sabor de la nuez
 ese seso vegetal—
protege la memoria del desgaste que te abrume
cuando el nombre del amigo se desvanece
o el título del libro se confunde.

Cada noche te comes un puñado,
las cascás sobre una vieja losa de granito,
las degustas
 a todo lo más con un vaso de leche fría—
y te dices,
 entre orgulloso y resignado,
«frugalidad, cuanta hambre se pasa en tu nombre».

De *Bodas de Oro* (2011)

Buenas noches

—*¡Buenas noches, tú!*
—*Si, es hora de dormir*
(Erik Knudsen)

Es más tarde de lo que crees.
Me dices «Buenas noches, tú!
Sí, es hora de dormir»
y soñar con el país hundido en aquella visión lejana.

Lo sabemos:
cada día menos posibilidades,
menos aplazamientos,
algún resto de promesa,
astillas de aquellas ilusiones.

Por eso no puedo dormir.

Sobrevivir al otro

¿Dónde he leído
*«No quisiera despertar suavemente
la viuda que llevas dentro»?*

Si me despierto en la noche
soñando lo indebido
espío tu respiración
escudriño como oscila tu pecho en la sombra.

Entonces me quedo más tranquilo
Puedo reanudar mi pesadilla.

Si no sintiera tu palpitar
estaría tentado de acariciar tu mano,
pero temo despertarte

o encontrarla inmóvil y fría.
No me gustaría tener que sobrevivir con tu recuerdo
No quiero asistir a tu incineración
No quiero recibir una urna con tus cenizas
Sospecho que tú tampoco.

A lo mejor un día

A lo mejor un día intentaré vivir tu vida
cuando tú ya no puedas hacerlo.

Abriré los libros que dejaste en lectura interrumpida
me disfrazaré con tu ropa y pintaré mis labios ante el
espejo

con el carmín con que me sedujiste,

cubriré de falso rubor las mejillas y su aire demacrado
con tus potingues ya rancios,
disimulando ojeras

(si puedo)

para seguir sin ti en el curso de la vida.

Hurgaré en los cajones de tu cómoda
(intruso como nunca antes lo fuera)
escarbando en tu pasado

y te soñaré

para intentar

¡por fin!—

comprender el secreto

¿por qué una noche tiré todo por la borda

para seguir por treinta y tantos años tus pasos?

De *Clima Húmedo* (2011)

Doblegó la pulcritud para hacerla suya

Volviste y la encontraste.
En tu ausencia, la casa abandonada fue su reino.
Estaba en el aire, entró sin resistencia,
salpicó las paredes de hongos blanquecinos,
hizo saltar en blandas escamas la pintura,
 cómplice la arena marina mezclada al cemento con
 que la edificaron tus padres hace años,
 estafa salobre del constructor de esta empresa
 colectiva de desgaste y deterioro.

Descubres,
cuando la humedad penetra en una casa es otra.
El aire se enrarece,
 no se expande libremente como lo hacía fuera.

Aquí la humedad no es frontal ni directa;
se abate aprovechando el encierro y la ausencia,
la tristeza de una persiana no levantada,
el descuido o el progresivo abandono
con que van dejándose de lado las cosas que antes
importaban.

Humedad que se adapta y configura lo que existe,

se apropia en forma sinuosa, solapada
impregna para siempre los muros de tu infancia.

Humedad que señorea donde puede,
busca la grieta,
la fisura donde se ensaña
y doblega la pulcritud para hacerla pegajosa,
por fin suya.

Las sábanas húmedas esperan el contacto

En las mantas

(*frazadas* las llaman por estas latitudes)

y en las sábanas de la cama, la humedad se solaza en esperarte con esa sensación de frío capcioso con que envolverá tu cuerpo cansado cuando busques el reposo.

(Lo hará como una caricia de la mano helada que cruzas en tu vida, con ese gesto condescendiente del cariño que sólo permanece en el recuerdo).

Comenzará la blanda lucha que se prolonga a lo largo de la noche,
entre tu cuerpo y esa textura donde la humedad encontró refugio.

Poco a poco te harás un hueco de tibieza en el que agazapado,
las rodillas hacia el pecho,
feto replegado sobre ti mismo,

temiendo estirar los pies hacia esa zona a la que no han llegado,

donde la humedad señorea invicta
todavía

esperando el contacto de tu piel
espacio que antes ocupaba ella, la esposa,
con su cuerpo
cuya ausencia respetas no durmiendo de su lado.

Nidia Di Giorgio Medici

Aquella margarita

La centenaria palmera
con su cabellera grisplata
vigila desierta.
Ya no existe el magnolio
los olivares ni la caricia
que derrama el viento.
Se ampliaron los espacios
y sólo ráfagas de estrellas
encienden las candelas.
Las flores del jardín
secretamente duermen.
Aves pequeñas nocturnas
navegan en la lluvia.
Restan sitios vacíos
extraños acordes
y palabras en susurros.
Debajo de la angustia
como rayos de luz
siento correr libre el río.
Iluminada me incorporo
recojo las flores dormidas
los pájaros libertarios.
De súbito alto vuelo
el corazón en brújula
hacia el país que me aguarda
en la llameante constelación
de la margarita.

Oración

Infinidad de árboles sacuden
sus melenas en la tarde.
Un río de soles se desborda
y cae sobre mi cuerpo desnudo.
Me asaltan camalotes gigantes
un leopardo que viaja
con su mirada de topacio
con su piel de luceros.
Las golondrinas con hilos oscuros
dibujan banderas
cruces navíos.
El crepúsculo avanza
y borda el horizonte
con figuras en llamas.
Sobre el ocre infinito
como montañas inmensas
navegan las nubes.
Me confundo. Me elevo al cielo:
que no nos mate el olvido
que no quede dormida
sobre la eterna piedra.
Que me encuentre la mañana
tendida en tus brazos.
Que los árboles nos den sombra
con sus ramos en flor.
¡Que no pases a mi lado
con una profunda pena!

Nunca es la palabra

Mi corazón enciende estrellas
para iluminar los caminos.
Por aquellas cuestas
entre retamas
por aquellos campos
entre campánulas y macachines
espero el amor.
El aire nocturno
corre a mi lado
me envuelve en tristeza
y dibuja en mi rostro
la palabra nunca.
Los árboles calcinados
por la luz de la luna
con las hojas muertas
me dibujan un nido.
Un lucero se esconde
en mi angustia
y me adormece en sollozos.
El amor en sueños
descuelga pañuelos
aúna corazones
y juega con promesas.
Vuelan perfumes
de hierbas florecidas.
Un churrinche que observa trina
me entrega su color de sangre
sobre la madera clara de un árbol.

Y eran una sola sombra larga

José Asunción Silva

La noche a mi lado
simula desencuentros.
Descienden sombras
descienden estrellas.
pequeños corazones
desde el silente cielo.
Con el cofre de ensueños
por el arenal camino.
El viento con ojos insomnes
esparce tinieblas.
Los olivos las zarzas
murmuran entre graznidos
de pájaros nocturnos.
Altas espadañas hieren la luna
y le derraman la pálida lumbre.
Surge «una sola sombra larga».
Agita su capa de rosas negras
extiende los dedos atrapa corazones.
Caen lágrimas gotas de sangre.
En lo alto dibuja funerales
simula una cruz y danza
con ojos de vidrio
y larga cabellera.

Quedo triste mirando

A Josefina Mé dici
A su memoria

Para recostarme sobre la tierra labrada
para conversar con los tréboles
he salido al campo con mi tiara
de margaritas doradas.
Una viborita ciega
se enreda en mis manos
y me mira con los ojitos minúsculos.
Le hablo le cuento que recogí las flores
antes que la llovizna
jugara a deshojarlas.
Que no caben las preguntas
me quiere no me quiere me quiere
o me ha olvidado quizás.
El aire de la tarde
se transforma en caricia.
El sol despacio se esfuma
de las copas de los naranjos
cuajadas de azahares.
Las sombras conforman
misteriosas figuras movibles
que se hamacan silenciosas
hasta que los pájaros canores
y los pichones con los hambrientos
piquitos anuncien el amanecer.
Las margaritas marchitas ya
heridas por los rayos de sol
descienden de mi cabellera.
La luna imprime en el cielo

su luminosa presencia
y la viborita como riendo
escabulle magnetizada
entre las salvias y las caléndulas.
Quedo triste mirando
como si todo hubiera sido irreal.

Eternidad

A la memoria de mi esposo
Ramiro Lacoste

Con la luz que trae setiembre
espero el regreso.
El tiempo devoró los horizontes
y los cipreses tejieron las ramas
para ocultar el misterio.
Retornarás cuando la aurora
quede suspendida en el día
con un resplandor de rosas.
Recuperarás tu sitio
el tiempo perdido
las canciones lejanas.
Se ordenarán las cosas
besarás mis labios
la frente de tu hija.
El tiempo que pasó
quedará adormilado
en el silencio del reloj.
Las flores esparcirán perfume
hasta que el brillo del sol
apague la luna.
Los cristales de la lluvia
escribirán en el viento:
Hay eternidad en cada cosa.

El pájaro azul

En esta noche embrujada
de misterios con un largo
cuestionario de preguntas
antes que el otoño
robe los últimos ángeles
del verano llévame
llévame prisionera.
Graba nuestros nombres
en las piedras del camino.
Lo sepan el río
los barcos lejanos
los árboles los pájaros
que juntos recorremos
ese extraño laberinto del amor.
Y cuando el día transforme
la luz de nuestros sueños
y el mundo cante
su canción del sol
lejísimos un pájaro azul
desplegará las alas
para anidar en los tristes
corazones.

Mañana cumplo años

No sé cuanto tiempo
se escuchará esta voz.
No sé cuanto mis manos
acariciarán los queridos seres
las queridas cosas.
No sé cuanto estos ojos
observarán los pájaros las flores
y cuanto aún podrán
derramar lágrimas.
La vida rápido pasa
como un viento huracanado.
Y otras vidas como soles
caminan a mi lado
y las niñas saben reír
y soñar sobre la oscuridad
que nos ofrece la noche.
Y en la terraza
florece el limonero
y el dulce naranjo
sin saber que han perdido
el verde del campo
y la inmensidad del cielo.
Las palomas y otros pájaros
nos señalan nos saludan
con las vertiginosas alas
para hacernos olvidar
que mañana cumplo años
y lo que más allá
pudiera acontecer.

Rolando Faget

(De «En el nombre del trigo»)

Comienzo

Caminemos un puente
vendrá el tiempo

nadie puede olvidarse
compartamos
de cara al horizonte

nadie dude el lucero.

(De «Poemas de río marrón»)

Planificar la vida
en qué sentido y a qué efectos.
Hay que planearla en líneas generales
inventar un esquema que los deshaga todos
y que impulse una línea principal de conducta
sobreponiéndose a la voluntaria destrucción de los frutos
y a la noble y profunda reproducción de los sollozos.

Hay que encontrar individualmente una fórmula
que enseñe a disfrutar y dar sentido respetuoso
al placer saludable de la piel
a la urgente victoria compartida del cuerpo sobre el cuerpo.

Y al vino irresponsable
a todo libro que enardezca y aniquile
a darse cuenta.

Hay que darle sentido
hay que planificarla en líneas generales
para no ser quijotes, para no deshacernos
y trascender más tarde en la firme sonrisa
que enseñe permanencias a todos los que queden.

(De «Un sol, otras mañanas»)

No del todo

Y nos vamos quedando grises, quietos
con poemas, madrugadas con rabia
polvorientos proyectos

De a poco nos morimos
no del todo

Nos quedan plazas viejas
mañanas mentirosas
cobardías

Nos quedan plazas viejas
cobardías.

(De «El muro de los descansos»)

La segunda oportunidad

Quién te diera el ayer
nuevo sin uso
quién te dijera es tuyo ahora
todo el tiempo que usaste
irreflexivamente
para no arrepentirte de haberlo malgastado
para construir de veras
para no ir deshaciendo.

Quién te diera el ayer
un cielo entero
la luz de los domingos en verano
el agua, el aire, las mañanas
las noches del verano.

Quién te diera el ayer
y aquel minuto.

Deberes

Por ejemplo cumplimos la dolorosa obligación de visitar a un muerto amigo casi muerto y sin remedio.

Por ejemplo cumplimos la dolorosa obligación de mirar hacia atrás y pensar «si yo hubiera».

Por ejemplo cumplimos la dolorosa obligación de crecer y morirnos.

(De «No hay luz sin consecuencias»)

Silencio

No, nunca te lo dije.

Yo quise un hijo tuyo
un niño de tu risa
con tu pelo amarillo
mi piel americana.

Un niño austral, un hijo tibio
como tú casi siempre.

Un hijo con tus manos
colibrí sin tristeza
un niño con tus manos.

Quise un hijo sin sombra
quise el mar, quise el viento
un hijo de agualluvia
duro como mi sangre.

Claro, no te lo dije.

(De «Carta de ríos»)

Tord

sobre muertos sin filtro
sobre mujeres, niños
sobre el alma de amigos
he construido
pisando
mi inexorable camino hacia
la cumbre

(relativa)

hacia el sillón que crispo
el micrófono, la cámara
el libro que casi nadie lee
pero yo escribo
mano segura
escribo

he inaugurado cárceles
alambrado fronteras y
racimos

pero nadie me oye
temblar
en la azul
noche

nadie invoca café
por mi retrato
vino de arroz
ni verde trigo.

Siempre

Volverás, vino suave
higuera, rama o polen

volverás, buena luna
Hare Krishna, Xangó
San Francisco

San Roque

batalla trasnochada
hija de estrella y cisne

dibujada en los techos
azul y gris
dor hada

puntual y trashumante

llegarás dulcemente
y el viento te dibuje
noche a noche
tu casa.

Enrique Fierro

Donde la siesta del fauno

la siesta del fauno donde la luz de Austin
la luz de Austin donde pecho palpitante
pecho palpitante donde los tristes trópicos
los tristes trópicos donde la nieve blanca
la nieve blanca donde caballo muerto
caballo muerto donde tarde secreta
tarde secreta donde mi prima Gladys
mi prima Gladys donde los días crueles
los días crueles donde deslices varios
deslices varios donde amores y espanto
amores y espanto donde la Vía Láctea
la Vía Láctea donde la piel que toco
la piel que toco donde no fuiste nadie
no fuiste nadie donde te dije todo
te dije todo donde los propios ojos
los propios ojos donde nada se sabe
nada se sabe donde fisura y corte
fisura y corte donde la letanía
la letanía donde nunca llegaste
nunca llegaste donde los pocos muchos
los pocos muchos donde Montevideo
Montevideo donde la cabellera
la cabellera donde la pesadilla
la pesadilla donde fosa común
fosa común donde todo es mentira

todo es mentira donde blanco y celeste
blanco y celeste donde vino y se fue
vino y se fue donde carta perdida
carta perdida donde insecto de la nada
insecto de la nada donde dos orquestas
dos orquestas donde la siesta del fauno

Mejor mirar una manzana

Entre ficciones y dicciones,
metáforas y catacresis,
mejor mirar una manzana.

Entre carnales y corales,
entre Flebas y Palinuro,
mejor mirar una manzana.

Mejor mirar una manzana
que ribera de los regresos
y ceniza de los exilios.

Mejor mirar una manzana
que muda la sombra del puerto
de la ciudad que ya no existe.

Mejor mirar una manzana
que mitos, que ritos, que versos
hacia palabras, ilusiones.

Entre dos: río abajo, tiempo atrás

Cara a cara (la variante
de cara a cara), río abajo,
la profunda, la sorpresa,
tiempo atrás la somnolienta,
la butaca, la amazona
o el tornillo y el molde y el trapecio
o la hamaca o carretilla o posesión,
catapulta, acrobática, la doma
(la variante de la doma)
y el salvaje y el arco y la salvaje,
las aspas del molino,
el abrazo, el sometido (la variante:
la fusión del sometido)
tiempo atrás y río abajo
la variante de fusión.

Por la vuelta de los ángeles

Piedra que se coloca con la mano.
Mano que se lleva a la cabeza.
Cabeza que se llena de pájaros.
Pájaros que se entienden con la noche.

Piedra que se coloca con la mano
que se lleva a la cabeza
que se llena de pájaros
que se entienden con la noche.

Como aquella piedra
que se coloca con la mano
que se lleva a la cabeza
que se llena de pájaros
que se entienden con la noche.

Así afanes y tareas
de la ronda nocturna
de los ángeles
(la duda ofende)
para llegar a ninguna parte.

Súplica de sábado

Súplica de sábado
en el desierto: runas,
pliegues de las historias
rústicas y en colores
sordos como tu voz.
Deambulas por la hoja
de ruta de tus viajes
hacia aquel mudo parque
que nunca abandonaste,

al que nunca llegaste,

al que no llegarás.
Pierdes el tiempo, ave
que vuela y que te ignora,
mientras piensas y piensas
en tus amados muertos
presentes y que esperan
que abandones la tarde
de juegos y fantasmas,
que te unas a ellos
y alimentes el fuego
de la verdad. Oremos.

Ella: Ida Vitale

Ella sola amanece:
abunda entre los tibios
decires del que cuenta
y lanza nombres propios
y ajenos y las cosas
regresan de los sueños
atrocés o felices
y aletean, se posan
y vuelven a volar.

Comienza un nuevo día:
ella de par en par
abierta y afanosa
ordena y desordena
las cosas de la casa.

Para mí suficiente
paraíso real
y se lo debo a ella.

¿Se trata del archivo?

Si la noche no era
sería la mañana
y el clima más extraño:
un monte de cipreses,
oración, penitencias,
espíritu agitado,
retratos, claroscuros,
desprecio de las reglas
del dibujo, escrituras
inmóviles, ausente
cabeza gris y triste
y muerte para siempre.

¿Se trata del archivo
de la memoria viva
de aquellos ojos muertos?

Pregunta que siempre

La que trova, que yerra
y extiende su dominio
atiende a su demonio
por página ni trampa,
ni truco, negaciones.

Campo magnético,
silencio escondido,
memoria que llegaba,
casa del abismo.

¿Y el sello de los muertos?

Alejandro Michelena

Mesa de los encuentros y los sueños

Rueda de Samsara

*«Estos cuerpos que
aquí ves, frágiles y sujetos a la disolución,
no son otra cosa que simples envolturas
del Espíritu eterno...»*
Baghavad gita

Un hombre se instala, muy de mañana
en un rincón, junto al enorme espejo
en una de esas confiterías con viejas de otro tiempo
con extranjeros nostálgicos
de lo imposible.

Ese hombre escribe escribe escribe
sin que nadie se ocupe
de sus gestos,
sin causar ni fervor ni escándalo.
Un gordo inmenso pide un cóctel
y despliega un gran diario por encima
de su mesa,
mientras el otro escribe
ensimismado.

Dos universos,
dimensiones ni siquiera
paralelas
una mutua ignorancia que se ignora.

Mientras tanto el big-bang los aleja
como a estrellas o galaxias,
antes que el agujero negro los diluya
vampiro cósmico de un tiempo relativo
y de un espacio curvo curvo curvo.

Bodegón y algo más

Baralmacén
cerca de una estación
de ómnibus
en una esquina
de caminares rápidos.

Baralmacén
con un vejete que sirve café agrio
y luego
 corta jamón o
manipula monedas
con dedos
como tristes verduras en conserva.

El tráfico
de la mañana azul
está allá afuera,

aquí
 el vejete
rodeado por latas
de sardina
por botellas de aceite
y queso fresco
mira
como esperpento
 goyesco
y me sonrío.

Cotidiano refugio

Encarnado mandala
donde estoy
y me aquieto.

Lugar donde las tazas
entonan su lamento al ser lavadas.

Donde
la vida se desliza,
más lenta
más extraña
más circular y oscura.

Gran café

*«El café es un lugar de la escritura. Se está
a solas, con papel y pluma y todo lo más dos o tres
libros, aferrados a la mesa como un náufrago
batido por las olas»*

Claudio Magris. Café San Marcos

Incesante rincón
ciudad en la ciudad
donde se pierden
ilusiones nunca
destiladas.

Hogar donde se aquieta el desolado.

Gloria mundis
de todas esperanzas.

Laberinto sin hilo que nos salve
minotauro de tiempo
que se muere.

Así sos
Microcosmos
Maderamen

puerto con mesas redondas como barcos
de solos marineros
que los años
encallaron aquí,

que llevan en los rostros
unas máscaras secas
mascarones de un mar sin alegrías.

Revival

A pesar de la imparable avalancha
entre aquel mar con lluvia
con cigarro
enfriándose

(la embriaguez en los ojos
mirándose
muy lentos)

y este hoy
con la carga de agobios
el desgaste
inevitable

por haber estado vivos.

A pesar de todo eso
aquí nos reencontramos
tan aislados del mundo en un café

y al hablar comprobamos con cierto
largo asombro
que ambos
a pesar de pesares
y la muela incesante de los días
persistimos aún
buscando

empecinados
el sabor de misterio
por detrás de las cosas.

Arquetipo urbano

Eterno bar de esquina
aleph o templo

mientras se esconden
plazas y torres
automóviles
rostros

cosas que caen
aquietando a la tarde
con un brillo
sin forma
que se esfuma.

Miseria de la filosofía

Pensando en Groucho Marx.

En el rincón de un café
muy venerable
se escucha conversar a intelectuales:

«Habrá que estructurar la nueva ética»
y el viejo hotel les muestra su negruzca
fachada,

«la praxis o la tesis»

y el gato se desliza
lentamente
persiguiendo la luz

«habrá que analizar todos los mitos»
y se sintieron gritos
en la esquina

un pálido poeta
voló unos cuantos metros
levitando
y aterrizó en la acera
de cabeza.

**Eterno encuentro de Hegel
y el profesor**

*«...el hombre representativo
de su tiempo puede estar en oposición
con las creencias más difundidas de su tiempo».*

T.S. Eliot. Sobre los poetas

Es un día más que gris
de un gris
otoño.
El tránsito es nervioso,
está multiplicado el ajetreo.

En un bar céntrico
hay un viejo profesor leyendo a Hegel
en edición barata,
mientras vuelan los ruidos
frecuencia modulada
y la TV duplica
su acostumbrada cinta de moebius.

Todo gira y se mueve
chirría y gime.
Sombras pasan y entran
salen corren.
Sólo el anciano profesor permanece

siempre leyendo a Hegel
a modo de punto de referencia
de este lugar
esta hora
este día.

Aunque más no sea
por un momento
nos redime del caos.

Alvaro Miranda

Danza de amor

vi muchas muertes juntas
elegí la mía
: la saqué a bailar

una danza de amor
bajo la luna

en los pliegues de la sombra
caían
mis años

reía su perfil
en la pared.

(De «Dejaré los signos precipitados» (1987))

Medusa / La distancia de la mirada

la muchacha rubia en su vestido negro
descansaba su cabellera sobre mis piernas
en el interior de un viejo coche alemán
mientras el mundo se rompía afuera
y como una respuesta de turbas invisibles
un pájaro chocó contra el vidrio delantero
despertándola, abrió sus ojos lentamente
y humedeciendo los labios con su lengua
recogió el bretel que resbalaba por su brazo
mientras el pájaro agonizaba en suaves convulsiones
abriendo el pico espasmódicamente
moviendo un ala quebrada,
entonces la hermosa apartó el cabello de su frente
y lo remató con la mirada.

(De «Dejaré los signos precipitados» (1987))

El cuchillero

parado en el balcón
mientras anochece
el hombre de cristal
mira a sus pies
pichones muertos

desde la altura
sobre su cabeza
el cuchillero
deja caer sus hilos

mañana el sol sorprenderá
en el balcón
cristales muertos.

(De «Los lentos remeros sobre espesas aguas» (1995))

Las aves

desiertos quedan los espacios del corazón
los sitios que solías habitar
han quedado como reliquias de otros tiempos
se han mudado a una habitación interior
donde brindan su cálido mediodía eterno
sé que por una grieta que se abrirá en mí
emigrarán en un instante fijado hacia el futuro
hacia los espacios de otro corazón que habitaremos
el tiempo que se nos otorgue, las aves conocen
en el curso del último vuelo la senda final
y las alas intentan disipar las tinieblas
que nos dieron un día.

(De «Los lentos remeros sobre espesas aguas» (1995))

en aquellos años de mi adolescencia
sentado a la mesa en el comedor,
me distraía, a veces, contemplando por la ventana
los transeúntes inevitables
que, rara vez, respondían a mi mirada.

ahora que ya no soy joven
camino con mi hijo adolescente y me detengo
frente a la ventana de la casa en que nací
para contemplar a un joven
que, desde el interior, me contempla.

un joven de aquella edad mía,
un joven que no soy yo,
un joven que mira al inevitable transeúnte
que lo mira,
como si un espejo velado por los años
inesperado, se revelara.

(De «Yo mismo soy un extraño aquí» (2005))

Ojal

Para Darío Canton

volvía
cuando llegué
me pareció que era yo
y me quedé
vine a ayudarte, le dije
no respondió
pero miraba
detrás de mí
te extrañaba, le dije
pero miró
y no me vio.
me recuerdas, pensé
pero no lo dije
por su mirada vi
que asentía
pero entonces se fue
no volvió
me quedé
y me iba ya
cuando vi
que me sentaba
y aflojaba
el botón.

(De «Yo mismo soy un extraño aquí» (2005))

Mi ángel

el ángel vino a mí de pronto, me protegió
tenía el rostro de mi madre: «hijo, has vuelto
a vivir». Tenía algún tiempo más, supuse,
he de enmendar mis criterios, los actos deben
ser cambiados. Pero permanecí irreductible
hoy podría haber sido ayer o quizás mañana
nada cambiaría, en todo caso
hubiera sido un accidente más, una pequeña nota
en los periódicos, algún obituario,
vendría el carpintero a reparar la madera
el vidriero cambiaría el vidrio por uno nuevo, brillante,
la trampa estaría servida otra vez
dando trabajo a otro ángel. «Vés, no quieres reconocer
cuando te equivocas». «Lo sé, madre, es que siempre
he vivido equivocado. No sé vivir de otra manera».

(De «Cámara profunda» (1998, 2ª.ed. 2003))

Camino polvoriento

al principio es un pequeño pueblo cercano a una montaña
y hay una vida activa en él, los pobladores, que son pocos,
viven sus vidas, no demasiado felices ni animadas
pero todo es como el río: fluye con tranquilidad.
Luego llegan extrañas personas que no conoce nadie en el
pueblo
llegan y se instalan: una niña con un bebé que berrea todo
el día
mientras su madre, con aspecto de niña, grita, insulta, grita
sin parar,
se la ve muy nerviosa y hay un extraño vestido de negro
siempre,
alto, con sombrero y toga negros, camina por las calles de
polvo
y nunca habla. Los pobladores empiezan a cambiar y, por
consecuencia,
la vida en el pueblo cambia: ellos enferman de a poco y no
se sabe
de qué enferman, pero se les ve esperando, sentados y
vendados
en los bancos del parque, mirándose unos a otros o
mirando la montaña
y las camillas van, llevadas por las ramas de árboles
copudos,
la vida se estaciona y se detiene como un tren arribado a
destino

y no recuerdan nada de sus parientes ¿mi madre? dicen;
¿mi padre? dicen; ¿por dónde iba yo?; se despiertan de
sueños
y caen en otros sueños, hablan con los ojos cerrados
«hubiera deseado», murmuran, pero la ceniza cae y todo
es turbio ahora.

(De «Cámara profunda» (1998, 2ª.ed.2003)

Delia Musso

/De «Las otras aves»)

Mientras sostengo un libro en mis manos
las hojas al sol
amarillean suavemente
y las palabras escritas
abandonan su molde
y se recogen ante tu rubia cabeza
de disuelta nitidez
que transporta mi quehacer
en barca de ancha manga
y animadas velas de algodón.

(De «Cantata negra»)

A A.M. y R.A. de M.

En la mítica armonía
del miedo

el velo de la muerte

pasa

sujeto

en las secas nervaduras de las hojas

en los sonidos de las gotas de agua.

A.M.P.

Desde un blanco templo
se inclinan
presencias
de antepasados

donde se esparce la sangre
empapada de plumas
que fecunda la tierra

donde se han fisurado
nuestra realidad
y la otra.

En el vuelco de un sentido
de arcos dibujados
por hojas pálido grises
que abandonan los tallos cenicientos

en el cielo que estalla
en la sangre del sol

y en las olas
que recogen su rosado mensaje

morir al alba.

(De «Versos Antárticos»)

VI

Me aproximé
a la cuenca bahía
azul receptáculo
irisado de latencias.

En su orilla reposaban
y sin perturbarse transcurrían,
trozos de hielo
como gajos albos
de incipientes capullos.

Huertos de algas brunas
entretrejían arabescos
sobre sus traslúcidos bordes
a veces imitando
estilizados zarcillos.

Invisibles remeros
al son de sus remos
golpeaban las aguas
emitiendo latidos

de gigantesco tambor.

A lo lejos,
bajo la celeste cúpula
soberbias y armónicas
esculturas blancas
finalizando el durmiente verano
iniciaban su finita peregrinación.

El sonido
de un recitado desconocido
se fue irguiendo
desde aquella bahía
en forma de árabe Nun
tintero sagrado
escondido poeta

que cantó para mí.

XVI

Aquí también ha llegado
aquella de la que tememos
pronunciar el nombre.

La luna de abril
desbrozando su piel
en jirones blancos
hace de las ventiscas
metáfora de cruel sudario.

Cuando envueltos
en el silencio
que aquí nos sugiere
visos de lo eterno

y ya no es confusión
la certeza

presto acudimos al viento
para que en su clamor
oculte nuestro agudo grito
cuando sujetamos nuestro cuello roto
herido de angustioso llanto.

Y ya no nos vemos tan erguidos.

Debimos sospechar
que no eran estas tierras albas

sino nosotros mismos, su forma.

Cántaros llenos de gracia
en los que el verbo vibrante
se mezclaba como el agua al vino
y sazonado
iba vertiendo sonrisas
en despreocupados veranos.

Y así, distraídos
y poco a poco,
bebimos de nuestras vidas
y nos estamos transformando
en serie multiplicada de lekythos
consternados y estilizados vasos
cuyo engobe blanco
fuimos trenzando
con aquellos de nuestros cabellos
que a la luna
fuimos abandonando.

X

Los rostros que aquí observo
se tiñen de un mimético blancor
y en las miradas descubro
demudada tristeza o temor.

Uno a uno abandonan
el anónimo recinto
y cada uno
retando al helado zumo
va en busca
de un cobijado y hermético rincón.

El viento en lo alto
cobra vida, tiene prisa,
levanta tras de sí,
un nebuloso polvo glauco,
al trote sobre los hielos,
al galope sobre las irreales dunas.

Con un resollar de fantasma herido
a su paso parece abandonar
las lágrimas de un ángel triste
aljófares nevados
que sobre las aguas del cercano lago
guardan silencio de plomo.

XIII

Cae la nieve
y poco a poco se escucha
una niviforme pavana
cuyo número armónico
se pinta de blanco jade.

Pequeños copos
de ligereza y ductilidad
casi incorpórea
indican los primeros acordes
de sutil filigrana.

Notas blancas
luminosas y frágiles
emanan
desde las espumosas nubes
y dispersan sobre un furtivo pentagrama
mitopoéticos aires

ritmando la vastedad
del laberinto del mar.

Marcelo Pareja

Marina

nave de ave se embarca
sobre pino que queda más abajo
mirando escritura de espuma sobre arena
sobrepíe de huella en ciudad que nos sofoca
pie de ave pie de hombre pie de eva
y volará / soltarse por médanos cercanos
nave de ave que se embarca
sobre tus ojos que miran la ella
tarde que crepuscula en anochece
el vuelo como sombra que nombra el
misterio de un instante que se vivió
azucarado

con portales arenosos
pie de ave pie de hombre pie de eva.

(De «Salarea»)

Cantar

Aquí me pongo a cantar como antes querahora
y la pena que se desvela en sopla como quebrarse
alza vela bandera o guitarra que se destrenza en
cabellera rumor de la tierra donde se
desatada silencio que reúne los tiempos que se desjuntan / silbo
para ponernos a cantar con la guitarra en la mano
o en nao alejada de pasos / rojos ojos por el sol que atardece
manantial de coplas / sufrirse en voz que se renueva
germina
Oh triste campo de versos que escapan de la tonada
quisiendo ya y pareceres de haberes tierra removida
con cantor que conoce el sur ardor y el patio de que fue / irse
es decir planta pez vampiro yesca yerahora
de estrechar el tono la muchacha y la tonada
para resolver otro campo que se instaura en verdor
también en tambor que se deshace en ritmo de dos manos
o en azul griego que se empalabra como el martes y como ahora.
Cielito cielo cantado quera flor y quera hora
el mar cal trenza cualidades abiertas en este marasmo.

(De «Salarea»)

Gatos

Las velocidades diurnas de los gatos son apenas notadas. Se ven en las veredas estelas luminosas cuando pasan, pero su andar queda en la huella luminosa – blanca, a ras del cemento.

Cuando sopla en los edificios, los gatos pasan con su pelo levemente crispado por ruidos que salen del silencio de los bares, los anuncios, y las plazas.

Son gatos se dirá. Son gatos que pasean su mirada, pareciendo inmóviles a los gestos, y ellos pasan.

No mueven sus colas, quizá su cabeza, infunden espanto, a quién si no hay nadie.

En la noche se vuelven, pero dejan sus estelas luminosas-blancas, apenas escondidas en los techos que crujen, y se refugian en los huecos de lo oscuro. Abierta la noche, bajo estrellas que encienden sus cuerpos.

No mueven sus colas, quizá su cabeza, es una la noche y allí están los gatos.

Las velocidades diurnas de los gatos muestran sus ojos incambiados en el diluvio de personas que caminan.

(De «Reuniones y Banderas»)

Ruinas

Vuelan gaviotas sobre ruinas, tornadas sombra, contraluz que germina de la arcada. Carteles inundan o tapan el moho-musgo florecientes de las piedras.
Es un atardecer dirás deletreando lo escrito, mostrando los oficios, la vestimenta, en la palabra que tu voz declina, volviendo al propio ejercicio que decía:
Soplará en la tierra como recordar los rostros que la habitan, que hoy son ruinas, los cumplidos que decían al poderoso, las confirmaciones de alguna mujer.
¿Qué suspiro evoca el ruseñor del canto?
¿Qué historia encierra la realidad del moho?
¿Qué espuma no traen los pescadores en sus estandartes de pesca?
¿Qué acero se llevaban los ladrones de Holanda?
Sobre el atardecer dejas la escritura, volviendo a mirar los carteles, y en la noche que te deja solo frente al rumor del mar vuelves.
El trigo abrió el camino llevando en su ademán de progreso: el fuego, la luz, el cuerpo, y en los muelles donde la madera está podrida, el mar se da de olas contra la arena.
¿Cuántos morrales llevaron las mujeres calladas?
¿Qué gruesa bota quedó como huella?
¿Cuánta ganadería pasó por estos campos?
¿Qué pasaría si un pájaro pasara volando?
Queda abierta la ventana, la furia de la historia, las ruinas levantadas en los cerros más bajos que deja horas, o una hora traída del espanto de los recuerdos consumidos. Cruzando la vereda se trata de asumir el día.

(De «Reuniones y Banderas»)

Símiles (Pájaros)

Será que en el aire vuelan
como plumas en cielos entrevistos
o por pertenecer enteros simplemente
a la victoria de sus alas
saben que el viento trae
memoria ineludible de antiguas eras
-la memoria de las eras-
y la recogen en su canto o vuelo
brotando de sus cuerpos
gestos que son actos
(y no decaen)
a pesar de abismos lirios negaciones
como si fueran invencibles:
Mariposas.

(De «Cuaderno del Viento»)

Matinal

Una suavidad en el rocío
ya está establecido a decirse que parece casualmente
pero cuando palabras al canto se penetran
se organiza la materia el fermento los jazmines
nos unimos al trabajo de la pesca con sus redes
vemos la lona podrida y los jazmines sobre el muro
se toca otro cuerpo en el pasto amarillo del mes junio.

La luz en gris encoge tu mirada.

La mañana prosigue y en su niebla
se va disipando por el sol o por el viento.
Así abre el canto y se aclara
la lona podrida que sigue sobre el banco
el pasto y los jazmines en sus precisas diferencias.

El viento canta en las cigarras.
Un niño tira tu ropa al mar.
En el polvo de las calles el sol sigue estando.
Hay una suavidad en el rocío.

(De «*Cuaderno del Viento*»)

El mejor vuelo

Un jilguero reventado
en la calle por una piedra
que alguien le tiró
está tendido en la calle
y mis amigos lo acarician
le hablan que pronto vuelva a volar.
El jilguero abre un ojo
mueve el pico mas no canta
y mis amigos los jilgueristas
lo llevan a la mesa de un bar.
Pero es mi abuela que nos dice
que el jilguero en la ciudad
es como sapo en una nube
o como barco sin el mar.

Después de tres o cuatro días
de cuidados muy intensivos
lo sacamos de la ciudad
llegando hasta el campo abierto
que parece frío y un tanto triste
y el jilguero mueve un ala
-o así nos parece a nosotros-
agradece y abre el pico
y lentamente comienza a volar.

(De «El bosque tan claro»)

XXXVII

Rayas rasgan lo que nos es cercano
no son rayas sino que es algo que vive
en su hendidura por lluvia y por barro.

¿Qué victoria obtenemos de las ruinas?

La lluvia que cae no es lluvia de agua
es lluvia de un día que dijimos adiós
a rostros conocidos con sus gestos en ventanas
-la noche llegó con su agua grumosa-.

¿Describir las pasiones que agitaron nuestros cuerpos?

Los días siguen con su lluvia tremenda
Al centro del corazón cae más clara.

(De «Aguas»)

Ricardo Prieto

(De «Pesada luz del sueño»)

Poema IV

Se ha instalado la muerte
en nuestra muerte. Qué distinto
es el ámbito donde el objeto vive
su sueño envejecido,
qué amplitud la materia,
qué rasgo definido
su soledad de espada.
Cómo pueden los días
moverse indiferentes
en la casa desierta,
cómo puede la vida
desgajarse en pedazos
de tierra iluminada.
Se ha instalado la muerte
en nuestra muerte.
Cómo duran las cosas,
cómo pesan
y de pronto
se acaban.

(De «Figuraciones I»)

Poema II

Ya la mañana está en mi cuarto
y el sol divide el patio
en laberintos grises

el polvo de la estrella que se muere
ya se viste de blanco

mi corazón recuerda su ternura
y la mesa lo mira

ya la mañana está en mi cuarto
y el zapato marrón se queda solo
solo de miedo mío

estoy llamando lo que he perdido
pero mi voz no sale

ya la mañana está en mi cuarto
y el sol divide el patio
en laberintos grises.

(De «Figuraciones II»)

*Perdí un mágico doble
de mi nombre,
un pasajero signo
que pudo hacer el mundo
más exacto.
Ida Vitale.*

Poema I

Nacer
y al arduo oficio de vivir
darle la cara como al viento
y andar días y sombras creyendo que nos miran
y caer y seguir
y coronar el día y el hastío y la sombra
sin saber para qué.

(De «Figuraciones II»)

Poema VIII

Recuerden
recuerden todos
amores que murieron en la lluvia
pozos de cieno
mares
desvencijado aroma del otoño

y aquel niño que fui.

(De «Desde la cruz del aire»)

Proclama simple

Madres del mundo:
no den a luz sin Luz,
no hagan más pactos
de duelo
con las sombras.

(De «Juegos para no morir»)

Orígenes

Llovía en mi calle
cuando vine al mundo,
a la ciudad de lentos tranvías.
Llovió, me dijo después la partera,
aquella mujer de ojos amarillos
que me robó a la muerte
sentándose sobre mi madre casi verde,
necesitada de agua,
arrodillada porque yo nacía.

Llovió aquel mediodía de febrero.
Y no vino nadie a visitar
a mi madre casi muerta.

(De «Juegos para no morir»)

Juegos para no morir

Lo fantasmal del eje
donde giro
suele a veces
hacerme una pregunta:
quién eres tú
- me dice
bastardo azul de polvo
para soñar erguido
con la carne de Dios.

Y surcan puras, hondas
mis manos como naves
toda la piel del mundo.

Así engaño a mi amor.

(De «Juegos para no morir»)

La copa quebrada

Me he quedado sin luz.
De pronto el mundo
se escondió entre los pliegues
de cajones dormidos
que allá lejos
saben algo de mí,
piden mi copa. Pero no tengo agua.
Pan tampoco. Nada para dar.
Me he quedado dormido
al mediodía
en la escuálida casa
que tampoco pueblo.
Si no fuera que Dios
viene en estos instantes
a sacarme del río
de esta especie de muerte,
juro que ya me iría hacia la noche,
hacia el lejano invierno que vi
cuando nacía.

Héctor Rosales

Acróstico inicial

Límite impreso larva del símbolo ilimitado
En ti el sonido del alma queda blindado
Trinchera en el papel de la emoción escrita
Recluta en tus hilos de tinta esta breve cita
Antes que la olvide y antes que sea olvidado

(De «Carpeta 1» / 1982)

A Juan Bautista Bertrán

gestación de la línea
se acoplan puntos en
séquito-serpiente
la luz por tajo recto determina
horizonte

sale el sol
entre la herida

desamparadas en
cúspides
(altos presidios de
sus suertes)
unas pocas estrellas
planean la resurrección
de la madre umbría
deslumbradas por el brillo
de su muerte

(De «Habitantes del grito incompleto» / 1982)

La nave

A J.S. del Viejo

Mellizo de ancla liviana, bajo capricho
de revueltos océanos, afirmo
nave a mis ojos furtiva.

Cuando le venza temporal,
y le arranque su purpúrea bitácora, el timón obstinado,
las millas por millares ajadas en las velas;
cuando le arrastre la proa partida
hacia el cementerio polar, no sabré
quién transportó los motivos del pirata
que rehusó navegar;
dónde quedaría el cofre
del tesoro imposible, la sirenita de almíbar y ensueño,
aquella bandera con iniciales del sitio
al que habría querido llegar.

Barcelona, 10/81-12/1998 (inédito).

La danza

De los escenarios del frío aquellos ventanales
vieron danzar una débil, azulada bailarina
que huyó con la tibia cajita de música
donde dormía mi corazón.

En aquel tiempo suspendido un carruaje recorría
ovaladas sendas de piedras innumerables,
un sombrío carruaje solitario, solamente ocupado
por la voz que lo impulsaba preguntando
a los cuatro silencios quién sabía de aquella
y de mi vida.

Acontecieron inviernos sofocantes, sequías, desquicios
de agua envenenada, navidades espolvoreadas con ceniza,
eclipses, objetos trabados en su olvidado sino,
pasaron mapas ilegibles, bomberos incendiados, afónicos
profetas, impermeables vacíos...

... Y un autobús claro (¿otrora carruaje?) sin señas, salvo
aquella débil silueta de familiar tibieza que daría la vuelta,
recobraría cristales y aceras, extendería brazos ofreciendo
un nuevo viaje por el mismo, cambiado camino.

De los escenarios del frío, de los opacados
vestuarios sonámbulos, de las recias lejanías
los seres queridos retornando, palpables las hebras
de alboradas apacibles, consumada la danza
giratoria, dormida en mi fe la bailarina.

Barcelona, 12/2003 (inédito)

Del ciprés

Del ciprés enhiesto en la llanura
los días afilan las sombras.
La soledad, agachada, lo ve.
Y huye sin querer que se lo nombren.

(De «Visiones y agonías» / 1998)

La rosa

La rosa de mi nombre, la que ha sido
niño y joven escalando alboradas; la soga
y la cumbre aciagas de los equilibristas.
La inmarcesible rosa borgeana; la que ocupa
el adiós, un suspiro del invierno, alguna espina.

Aquella que se burla si las fieras buscan oro
en lodazales; la que funda con lluvia espejos
goteadores de rostros sobre tierra umbría.

La rosa intocable de Jiménez, en patios del sur
notoria, cuando la frente admite el tacto medicinal
de los ensueños.

Flor sin hogar fijo en el vaivén de mi linaje; fantasía
de la sangre; rumbo de las hojas hacia el fuego.

La rosa de mi nombre no me nombra, no soy
su asunto encrucijado, nadie que consuele; tan solitaria,
quiere otro vigor para trocar mudez y encender canto.

Nadie, pues, ninguna rosa en este Rosales, extraviado
en jardín donde voz, pensamiento y acción (pétalos

sin más) se debaten ante el viento invulnerable.

Ahora y en la hora de tu reino, mi pobre muerte,
en crudos documentos caducados, en renglones voraces,
detrás de los libros o macetas o pañuelos,
quizás veas una herida que fue mano
alzar nueva rama, un gorrión rojo,
una promesa de verano.

Si la espina ha florecido, quizás me perdone la rosa
por haberla evocado.

Barcelona, agosto 2008 (inédito)

Última frontera

¿Estamos llegando al objetivo?, cuestiona
el comandante de la nave interestelar.
Partimos hace tanto viaje que los millones de años
o sueños alteraron los datos originales.
No podemos regresar.
En la pantalla se angosta ese puerto perentorio,
allí quedaremos. Desconectad los sistemas, olvidaros
de vuestros nombres, afectos, malabarismos.
Ocupad vuestros puestos vacíos para el descenso.
No me preguntéis nada más, nada más, os lo ruego.
Hasta este horizonte creímos avanzar... Mas
ahí veo la calle donde jugué cual niño astronauta.
¿Están ya desconectados los sistemas?
Ha sido un honor acompañaros en el extravío.
Ocupad vuestras sombras.
Oremos.

(De «El manantial invertido» / 2003)

Ida Vitale

Libro

Aunque nadie te busque ya, te busco.
Una frase fugaz y cobro glorias
de ayer para los días taciturnos
en lengua de imprevistas profusiones.

Lengua que usa de un viento peregrino
para volar sobre quietudes muertas.
Viene de imaginaria estación dulce,
va hacia un inexorable tiempo solo.

Don que se ofrece entre glosadas voces,
para tantos equívoco, se obstina
en hundirse, honda raíz de palma,
convicto de entenderse con los pocos.

Escucho a Mutsuo Takahashi

Bajo casias y ceibas y cedrones,
entre el ratán y el romerón,
en el jardín terrestre,
va el poeta dibujando la vía
por la que vamos a otro jardín más alto.

Sube - un vapor - su voz
al cielo.
Del canto de los pájaros
cae,
como verdad absoluta,
el piar de las horas.

Círculo muy vicioso

A mí misma me ofrezco
aprender día a día en el mundo,
luego al mundo le ofrezco
día a día olvidarlo,
para yo no ser menos.

Porque el riesgo
de ser menos se corre
si no se olvida mucho
de lo algo aprendido
y además entendido
y tenazmente atroz.

Tras lo vertiginoso,
recordar el olvido
abre la calma.
Y basta.

(De «Pequeño teatro familiar»)

Un tío

De un jardín, el resumen
bajo una claraboya.
Entre plantas si flores
para recuerdos tristes,
el siempre solitario trazó
su ruta de irrealidad,
el repetido hastío de décadas iguales.

Joven, perdió su vida;
viejo, murió sin saber cómo armar
las cenizas del resto.

Lección de historia

Que una moneda antigua,
hallada -¿por azar?- en el jardín,
me enseñara una fecha: 1804
y un dato no ficticio:
Napoleón rey de Italia,
importó menos que,
abierto el campo de ilusa fantasía,
luego de la *lección de cosas*,
el bronce atesorado
se disipara sin palabras.

Quedó en el aire
algo de historia y algo
todavía sin nombre:
un comienzo, la insana
costumbre de observar,
de atar cabos, alcanzar
la no errada visión
de algún prójimo horrible.

Saber que nada es tuyo
para siempre.

Amar a un conejo

Te dieron un conejo.
Te dejaron amarlo
sin haberte explicado
que es inútil amar
lo que te ignora.

El ojo

Testigo de transparencias tristes,
veías pasar un mundo
a saltos entre noblezas y miserias.
Aprendiste de mordientes visiones
a mirar lo encubierto.
No fue el velo de Maya
Lo ganado.

(De «Ciudades»)

Medición de distancias

Si una ciudad no late,
hasta un árbol es nada
y un balcón es tronera o precipicio.
Serás el prisionero
a quien nadie vigila,
en propio pecho encarcelado.

Entiende lo incomprensible
y ámalo. Ocupa el revés del intento:
sé cardo, cuando llegaste como lana,
piedra, cuando, hilo de seda, flotarías.

Autores de Argentina

HÉCTOR FREIRE Buenos Aires, 1953. Obra: «Quipus», (1981), «Des- Nudos», (1984), «Poética del tiempo»(1997),»Motivos en color de perecer»(2003), «Satori»(2010), entre otros en poesía. Además, varios libros sobre cine y literatura. Profesor en letras, crítico literario y de cine.

NORA HALL. Alcorta, Provincia de Santa Fe, radicada en Rosario. Obra: «Hasta pulverizarse los ojos» (1990), «Todo mal», (1996) y «Manual del agua» (2007).

GUILLERMO IBÁÑEZ, Rosario 1949. Obra: Ha publicado una veintena de libros de poesía, narrativa y ensayo. Su último libro se titula «Biografía»(2011). Su obra se encuentra en el sitio Web, por su nombre.

RAFAEL IELPI, Esquel, Chubut 1939, radicado en Rosario. Obra:»El vicio absoluto», «Para bailar esta ranchera», «El vals de Hermelinda», «Viajeros y desterrados» y «Día de visitas». Es autor asimismo de libros de investigación histórica y de narrativa y autor de canciones.

VICTORIA LOVELL, Rosario. Obra: «De cobre y barro» (1981).»,»Máscaras de familia», (1991) «Jardines cerrados al público», (1999) y «Desde el hastío» (2007). Participó en las antologías:»Poemas por América» (1986) y «Poemas por el hombre»(1989).

RAFAEL FELIPE OTERIÑO. La Plata, (Provincia de Buenos Aires), 1945. Reside en Mar del Plata. Ha publicado diez libros de poesía. El último de ellos es «Todas las

mañanas (2010), «Antología poética» (1997).

ANA RUSSO. Rosario, 1950 Obra: «Entre el deseo y el goce» (2000); «Las 40» Antología de Mujeres Poetas de Santa Fe,(2006), En 2009 Antología «Hechiceras de la Palabra» (2010) Antología «Italiani D'Altrove», («Casa della Cultura»),Milán, Italia,(2011) «Argentinitos Off»(2011).

SANTIAGO SYLVESTER. Salta 1942. Autor de doce libros de poesía, uno de cuentos y otro de ensayos, publicados en Argentina y España. Antólogo de la poesía del Noroeste Argentino, de la poesía de Manuel J. Castilla, y ediciones críticas de las obras de Juana Manuela Gorriti y Federico Gauffin.

REYNALDO URIBE. Pergamino, Prov. de Bs. As, 1951. Reside en Rosario. Entre otros libros, publicó «Resistencia», «Rito de la ausencia», «De espejos, poemas y suicidios», «Los elegidos», «Juegos de la memoria», y recientemente, «Constelación de los días». Dirige la Editorial Juglaría. Puede consultarse su obra en www.reynaldouribe.com.ar

GRACIELA ESTER ZANINI, Buenos Aires, 1948 donde reside. Obra: «Del rey desnudo» «Rasputín y otras obsesiones», y «Lo que hay», Es productora editorial independiente y coordina gabinetes de creación literaria.

Autores de Uruguay

FERNANDO AINSA. Nacido en Palma de Mallorca, uruguayo de adopción. Narrador y ensayista de amplia y reconocida obra. Poeta. Autor de: *Aprendizajes tardíos* (Sevilla, Renacimiento, 2007); *Bodas de Oro* (Córdoba Argentina, El Copista, 2011); *Clima húmedo* (Montevideo, Trilce, 2011).

NIDIA DI GIORGIO MEDICI. Nace en Salto. Publicó «*Los últimos geranios*» (1990). «*Josephine la nuit*»(2007). Integró «Colección Escritores Salteños» Tomo 19 (2009). En prensa «*Aquella margarita que escribió mi nombre*»,(Poesía).

ROLANDO FAGET: (Montevideo, 1941 – 2009). Poeta. Autor de innúmeras publicaciones de poesía (libros, cuadernos, plaquetas). Su primer libro fue *Poemas de río marrón* (1971) al que continuaron otros, entre ellos: *El muro de los descansos* (1976), *En el nombre del trigo* (1981), *Paraula encesa* (Barcelona, 1989), *A escena* (Bs. Aires, 1989), *Poesía reciente* (Barcelona, 1994).

ENRIQUE FIERRO. Nació en Montevideo (1942) y desde 1989 es Profesor de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Texas en Austin. Entre 1974 y 1984 vivió en México. Entre 1985 y 1989 fue Director de la Biblioteca Nacional de Uruguay. Su primer libro: *De la invención* (1974). El último: *Resta* (2010).

ALEJANDRO MICHELENA. Montevideano. Poeta, narrador y ensayista. Con dos poemarios: *Formas y Fórmulas* (Libros de Granaldea, Montevideo, 1978) y *Rituales* (Siesta,

Estocolmo, 1984). Ha publicado dos novelas y decenas de cuentos en antologías, revistas y suplementos culturales. Conocido como cronista por sus libros relacionados con las identidades urbanas. El más reciente: *Viejo Café Tortoni, historia de las horas* (Corregidor, Buenos Aires, 2008). Periodista cultural.

ALVARO MIRANDA. Montevideo, 1948. Poeta y ensayista. De una vasta producción literaria mencionamos: Poesía: *Los lentos remeros sobre espesas aguas* (1995); *Cámara profunda* (1998, 2003); *Yo mismo soy un extraño aquí* (2005). Ensayo: *Piedra de toque* (2000); *La poética del espacio* (1994). www.alvaromiranda.com.

DELIA MUSSO (Montevideo, 1950). Crítica de Artes Plásticas. Ha publicado: *Las otras aves* (1984); *Fata Morgana* (1985); *Cantata negra* (1986) y, recientemente, *Versos Antárticos* (2010).

MARCELO PAREJA Nace en Las Piedras (Canelones). Libros publicados: «*Poemas Himnos*» (1979), «*Salarea*» (1977), «*Reuniones y Banderas*» (1981), «*Cuaderno del Viento*» (1989), «*Himnos*» (1990), «*El bosque tan claro*» (1992), «*Aguas*» (2004). Es profesor de literatura, y coordina «Talleres Literarios».

RICARDO PRIETO (Montevideo, 1943 – 2008). Destacado dramaturgo de proyección internacional (ganador del premio Tirso de Molina). Narrador y poeta. Autor de: *El desayuno durante la noche* (Drama, 1979); *Desmesura de los zoológicos* (Narrativa, 1987); *Palabra oculta* (Poesía, 2000), entre otros libros.

HECTOR ROSALES, (Montevideo, 1958). Vive en Barcelona desde 1979. Ha publicado varios libros de poesía propia y antologías de otros autores. Web oficial: www.hrosales.com

IDA VITALE. Montevideana. Considerada integrante de la llamada Generación del 45, publicó su primer libro (*La luz de esta memoria*) en 1949. El último (*Mella y criba*) es de 2010. Premio Internacional Octavio Paz de Poesía y Ensayo, Premio Carlos Monsiváis al Mérito Cultural, Doctorado Honoris Causa de la Universidad de la República. Entre 1974 y 1984 vivió en México. Desde 1989 reside en Austin, Texas.